COMEDIA FAMOSA.

UN BOBO HACE CIENTO.

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Luis, Galan. *** *Don Diego, Galan.* *** *Don Cosme Mendieta.*
Martin, Gracioso. *** *Doña Ana su hermana.* *** *Doña Isabel su hermana.*
Juancho, Criado. *** *Juana, Graciosa.* *** *Ines, Criada.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Luis y Martin.

Luis. Juanilla estaba con ella,
si el manto no me engañó.
Mart. Juanilla? te burlas? *Luis.* No:
ántes creí conocella
por ti, y deseaba verte
para animar mi esperanza.
Mart. Como siempre hablas de chanza,
no sé quando he de creerte.
Nadie en el mundo sirvió
con tal pension: yo me llamo
el Gracioso, y sirvo á un amo,
que es mas gracioso que yo.
Quando pienso que has de darme
por una gracia un vestido,
muy falso y muy resabido
con otra sueles pagarme.
Y es temeraria desgracia,
que me aburre y me fatiga,
que á todas horas se diga,
y nunca se haga la gracia.
Luis. Digo otra vez, que venia
Juana con esta beldad,
que dexó en mi libertad
señas de su tiranía:
y como tú la has hablado,
juzgué por ella saber
quién es tan bella muger.
Mart. Fué unos dias mi cuidado
Juana; pero ya ha mudado
casa, y no he sabido yo
donde está, ni si ha mudado
con el barrio el galanteo;
mas si á esta Infanta encantada
sirve ya, en una empanada
tenemos nuestro deseo.
Luis. Que saliese á San Joaquin
á esta hora me avisó;
pero no descubro yo
señas de mi dicha. *Mart.* En fin,
ha de haber paciencia acá
dentro de mi oido, viendo
que siempre me estás diciendo,
que de amor no se te da
un bledo; y entre esta austéra
condicion y este desgarro,
te dexas coger del carro
de Vénus como qualquiera?

'Qué gloria en fingir recibes
de ti acciones tan distintas?
ó vive como te pintas,
ó píntate como vives.
Luis. Mira, Martin, yo no puedo
decir que no se ha de amar;
porque fuera limitar
á la hermosura de nuevo:
solo de aquellos me rio,
que sin saber como quieren,
imaginando se mueren
á un vayven de su alvedrío:
y ayudando su pasion
con afectada flaqueza,
las faltas de su cabeza
echan á su corazon.
Esto suelo yo decir,
no que un hombre no ha de amar,
que tambien yo sé adorar
con mi poco de sentir:
y entre juegos frenesíes
me hallo tal vez en el pecho,
sin saber quien los ha hecho,
unos pocos de ay de míes.
Mas no por eso diré,
que esto es amor ni fineza,
hasta que entre la firmeza
al exámen de la fe.
Mart. Otros entre los placeres
de Amor, de que libre estás,
quieren por no perder mas,
mas tú quieres porque quieres.
Luis. Eso es lo seguro. *Mart.* Y dí,
ya que falté de tu lado
en ese lance pasado,
piensas decírmele? *Luis.* Sí.
Mart. Ya yo deseo saber
de cuyo pan come Juana.
Luis. Y yo tambien tengo gana
de hablar en esta muger.
Mart. Pues vaya de relacion.
Luis. Bien raro el suceso ha sido.
Mart. Pregunta luego á mi oido
si es mas que la prevencion.
Luis. Oye, y sabrás todo el lance.
Mart. A buen seguro que atienda.
Luis. Salí:- *Mart.* Quieres que lo entienda?
Luis. Sí. *Mart.* Pues dímelo en romance.
Luis. Salí pues como te digo
al Parque, bien descuidado,
un dia que me dexó
la pereza de su mano:
y apénas del sitio umbroso
penetré el florido espacio
(donde, á pesar de sus luces,
el Sol resplandece avaro;
porque los árboles verdes
solo dispensan los rayos,
que sin estorbar lo ameno,
pueden servir á lo vario)
quando me robó la vista
turba de Ninfas, que el campo
florecian con sus huellas;
pero en lo vulgar he dado,
que si esto del florecer
se hace en virtud del contacto,
mas que alabanza del pie,
fué lisonja del zapato.
Entre esta pues copia bella
de hermosura, ví un milagro
de la perfeccion, en cuya
Monarquía ha fabricado
el Amor un nuevo Imperio,
donde, á pesar del estrago,
siendo el poder mas violento,
parece ménos tirano.
Yo te confieso, que al verla
todo mi desembarazo,
si no se rindió á los golpes,
se adormeció á los halagos:
qué mucho, si de esta suerte
la halló mi vista en el campo?
Sin órden el cabello discurria,
con que dos veces vano quedó el viento;
sus ojos abreviando el lucimiento,
dilataban los términos del dia.
Breve concha las perlas concebia,
engendradas del astro de su aliento;
en su nevado cuello el movimiento,
del mármol solamente desmentia.
Y en fin, toda era tal, q̃ entre violencias
del imperio en el alma resistidos,
hallé en los ojos muchas obediencias.
Yo no sé si se diéron por vencidos;
solo sé, que, robadas las potencias,
quedáron disculpados los sentidos.

Lle-

Llegué á hablarla, y en mi vida
me acuerdo de haber hallado
tal donayre de muger,
ni gusto tan cortesano;
porque las burlas y veras
mezclaba con primor tanto,
que mesuraran sus veras
á un bobo alegre de cascos,
é hicieran reir sus burlas
á uno que empieza á ser santo.
Seguíla pues, y se opuso
á mi intento y á mis pasos,
prometiéndome que allí
la veria mas de espacio.
Fuése, y quedé, no rendido,
pero al ménos escuchando
lisonjas de la memoria,
mas dócil que nunca ha estado;
que ni esto me quitó el sueño,
ni me traxo cabizbaxo,
ni con las demas facciones
de amante de los de antaño.
Allí la hallé otros dos dias
su hermosura ponderando,
sin saber nunca quien era,
ni ser posible apurarlo;
porque siempre me decia,
que la perdia en llegando
á saberlo, y que mi dicha
estaba en solo ignorarlo.
Pero ayer, Martin, que fué
de mi amor el dia quarto
(que tanto en un pecho noble
dura un amor obstinado)
faltó del puesto. Yo anduve
entre confuso y turbado
todo el dia, hasta que ya
al anochecer, buscando
á Don Diego, con intento
de decirle mi cuidado,
de la casa mas vecina
á la suya me llamáron
por una reja: llegué
gustoso á ella, juzgando
que era esta Dama, y hallé,
que la que me habia llamado
fué Doña Isabel, aquella
que ha dado en quererme tanto,
sin merecérselo yo,
mas que con no desearlo:
que desde el barrio de Atocha
se ha mudado á un quarto baxo
de aquella casa. Quejóse
de mi proceder ingrato,
con los comunes despechos,
de quién creyera este pago?
si yo fuera::- esto merece::-
hombre en efecto, no en vano;
y los demas sonsonetes
con que dicen su trabajo
las que andan en la paciencia,
y sobran en el cuidado.
Pidióme, en fin, muchos zelos,
de que yo acudiese tanto
á la casa de Don Diego,
dándome á entender (qué raro
disparate!) que yo entraba
allí con tanto cuidado
por su hermana, siendo así,
que ni la he visto ni hablado
en mi vida. Procuré
satisfacerla, y estando
en la empresa de apurar,
y de convencer su engaño,
una Dama, que tapada
pasaba, no sé si acaso,
tirándome de la capa,
con gentil desembarazo
me desvió de la reja,
y me dixo con recato,
que era la Dama del Parque,
que yo deseaba tanto.
No has visto la hermosa flor,
que obedece al mayor Astro,
con quánta atencion se mueve
al arbitrio de sus rayos?
Pues así yo de otro sol
mas atractivo robado,
sin eleccion fuí siguiendo
sus luces, tan voluntario,
que parece que formaba
su movimiento mis pasos.
Habia ya anochecido,
y ella se paró, en doblando
la primera esquina, en donde
me pidió de mejor garbo,

que la pasada, unos zelos,
que á otra cosa me sonáron,
ó es que yo les hice el tono
con la gana de escucharlos.
Satisfice, en fin, su enojo
como supe, y barajando
con la traza mi discurso,
me ofreció, que hoy á las quatro
me veria en este sitio;
quando hácia mí se llegáron
dos embozados, haciendo
en la Dama tal reparo,
que me obligó á preguntarles,
qué querian; y ellos dando
con su acero la respuesta,
pronto y prevenido halláron
el mio: cerré con ellos,
y á los primeros reparos
llegó gente á la pendencia,
con que los dos se apartáron,
por no darse á conocer,
y yo me hallé en breve rato
solo en la calle. Este fué,
Martin, el suceso raro
que te prometí: de suerte,
que en un instante me hallo
con una Dama encubierta,
que triunfa de mi cuidado;
con otra que me embaraza,
y da en seguirme los pasos;
con dos valientes, que intentan
conocerme acuchillando;
y conmigo, en fin, que tengo
tan cabal mi desenfado,
que si la Dama querida,
al sitio donde la aguardo
saliere, estaré contento,
y si no, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
en perseguirme los pasos,
me reiré de ella, y si airada
me dexare, haré otro tanto:
si los valientes volvieren,
dexaré apurar el caso,
y si no, del mismo modo
pasaré sin apurarlo;
que en esta vida, Martin,
no hay cosa de mas enfado
que morirse, y yo no pienso
hacer mas pocos mis años,
añadiéndole á la muerte
el afan de mi cuidado.

Mart. Bien raro ha sido el suceso,
mas yo he de podrirme un rato.

Luis. Tú podrirte? *Mart.* Yo podrirme.

Luis. De qué? *Mart.* De escuchar tan raros
dictámenes, que el oido
es discreto en tales casos,
y para podrirse tiene
el oido su gusano.
Ven acá, Doña Isabel
no te quiere mucho? *Luis.* Es llano.

Mart. No la debes mil finezas?

Luis. Ni las niego ni las pago.

Mart. No es muy hermosa? *Luis.* Así, así.

Mart. No tiene tres mil ducados
de renta, por hermosura,
afeyte, que basta ogaño
á que tenga buena tez
la misma piel de los diablos?

Luis. Digo que todo eso sea.

Mart. Pues por qué estás despreciando
muger de estas conveniencias,
y andas hecho un mentecato
por otra que viste ayer?

Luis. Qué he de hacer, si se ha empeñado
con Doña Isabel mi amigo
Don Diego? *Mart.* No es eso malo:
pues tú no eres ántes? *Luis.* Sí;
pero él se empeñó, ignorando
mi galanteo, y despues
de mí su amor ha fiado:
y como yo estaba ya
con deseo de dexarlo,
no le repliqué al oirlo:
demas, que por el hermano
de Doña Isabel, no fuera
su galan, por todo quanto
fingir supiera el deseo.

Mart. Yo confieso, que es extraño
majadero el tal Don Cosme,
y que es recien trasplantado
Vizcaino; hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie,
muy señor de un Mayorazgo,

y que tray lo presumido
junto á lo desconfiado.
Luis. Pues mira tú si era bueno,
que siendo ese hombre tan raro,
tan ridículo y tan necio,
de Doña Isabel hermano,
me casara yo con ella.
Mart. Sí, que por el mismo caso,
que no es bueno para amigo,
es bueno para cuñado.
Luis. Aguárdate, que parece
que hácia acá viene guiando
Don Diego con dos mugeres.
Mart. Si es la Dama del encanto
del Parque, que anda en tu busca?
Luis. Yo la dixe, que hácia el campo
de San Joaquin me hallaria;
sin duda es lo que has pensado.
Salen Doña Isabel é Ines Criada, tapadas, y Don Diego.
Diego Don Luis? *Luis.* Don Diego?
Diego. Escuchadme: *Hablan aparte.*
estas Damas::- *Luis.* Hablad paso.
Ines. Hay cosa como llegar
muy confiada en tu manto,
á preguntar á Don Diego
por Don Luis, siendo el cuitado
tu amante, y venir él mismo
á entregarte á su contrario?
Isab. Porque no me conociese,
la voz he disimulado,
preguntando por Don Luis,
que estoy, Ines, deseando
saber quién fué aquella Dama,
que con tal desembarazo
le desvió de mi reja
anoche. *Diego.* A mí se llegáron
preguntándome por vos,
y yo aquí las he guiado.
Luis Aquesta Dama que os dixe
del Parque es sin duda.
Diego. Aguardo
á que hableis con ella? *Luis.* Si.
Diego. Pues aquí estoy retirado:
por quánto hiciera conmigo
Doña Isabel otro tanto! *Retírase.*
Mart. Por si es Juana la sirvienta,
quiero llegar por un lado. *Llega.*
Luis. Hermosísima deidad, *Llega.*
por quien hoy en estos campos
no hay Garzon que no suspire,
y que no suspire en vano.
Isab. No me ha conocido. *Luis.* Ya
desconfiaba el cuidado
de esta dicha; desviad
el negro cendal del manto,
que como se vé tan rico,
sabe guardar como avaro.
Mart. Señora Juana? *Ines.* Yo Juana?
que soy otra ha imaginado *ap.*
sin duda; no es malo esto:
yo he de intentar apurarlo.
Luis. Desde el dia que en el Parque
os ví:: *Isab.* En el Parque? hay agravio
mas urgente! él con otra *ap.*
imagina que está hablando.
Luis. Rendíla mi libertad.
Isab. Yo me descubro, veamos *ap.*
qué disculpa habrá que pueda
dar. *Va á desataparse, y llega Ines.*
Ines. Señora, tu hermano::-
Isab. Qué dices? *Ines.* Que viene aquí.
Isab. Sígueme sin mirar. *Ines.* Vamos,
que si él vé que es necedad
el seguir, no ha de dexarnos.
Luis. Dónde vais? *Isab.* Di que se quede.
Luis. No me respondeis? *Ines.* Quedaos,
Don Luis, porque importa mucho
que aquí::- mas ya va llegando:
á Dios, á Dios. *Vanse.*
Luis. Bien se ha hecho.
Mart. No nos han dexado malos.
Luis. Don Diego, qué será esto?
Diego. No lo sé; por allí abaxo
viene Don Cosme, y sin duda
es de quien se recatáron.
Luis. Yo he de apurar todo el lance;
divertídmele entre tanto
que voy tras ella. *Diego.* Aguardad:
no veis que los dos no estamos
corrientes, porque á su hermana
Doña Isabel he tratado
de servir, y él es zeloso
al paso que mentecato?
Luis. Pues vamos ambos. *Diego.* Sí haré.
Dent. D. Cosme. Una palabra: aguardaos

un poco. *Luis.* Esto me faltaba.
Mart. A mirarlas se ha parado.
Luis. Don Diego amigo, no sé
si me atreva á suplicaros,
que procureis detenerla;
y que pues está en el paso
vuestra casa, y es el vuestro
un quarto tan retirado
de la familia, veais
si podeis hacer que un rato
me espere en él. *Diego.* Por serviros
lo intentaré, aunque es mi quarto.
Luis. Ya sé que me haceis fineza
en esto. *Diego.* Pues por si acaso
lo consigo, esta es la llave,
que yo si llego á lograrlo,
abriré con la maestra; *Dale una llave.*
pero no podré esperaros,
porque cierta ocupacion
precisa me está llamando.
Luis. Bien está: á Dios.
Diego. Volver luego
me es preciso, á ver si hallo
razon de hablar á la hermosa
ocasion de mi cuidado;
porque un criado me ha dicho,
que sale esta tarde al campo. *Vase.*
Salen Don Cosme Mendieta vestido ridículamente, y Juancho su Criado.
Cosme. Señor Don Luis, qué secretos
son estos que estais hablando
con D. Diego? *Luis.* Hay tal pregunta!
que no pueda yo quitaros
el que seais Caballero
de Ciudad? *Cosme.* Don Luis, á espacio,
que el Galateo Español
en el capítulo quarto
dice expresísimamente,
que es grosería hablar paso.
Luis. O, pues si es del Galateo,
no lo haré otra vez. *Cosme.* Y quando
Don Diego y vos otra vez
hagais ese desacato,
no sabré yo::- *Luis.* Qué sabréis?
Cosme. Cómo qué? sabré mataros.
Luis. A los dos? *Cosme.* Y otros cincuenta.
Luis. Sabeis matar por ensalmo?
hay mas raros desatinos!
Cosme. Juanchillo, cómo quedamos?
Juanc. En paz, que es quedar muy bien.
Cosme. Quedamos bien; soy bizarro:
mas Don Luis, dexemos esto,
y á lo que importa volvamos,
que he tenido una pendencia,
y quiero comunicaros
el lance, para saber
si he quedado ó no he quedado.
Luis. Esto me faltaba ahora. *ap.*
Mart. No será el cuento muy malo.
Cosme. Yo, Don Luis, como digo,
quiero bien, ya lo digo: estais conmigo?
Luis. Jesus! quién tal confiesa?
Cosme. Digo, que quiero bien, y no me pesa.
Luis. Pues así lo decis? *Cosme.* Así lo digo:
qué, os espantais? *Luis.* Yo, amigo,
no confieso, que estoy enamorado,
sino es quando confieso mi pecado:
(yo le he de ir empeñando en q me diga *ap.*
quien es su Dama) y es esa enemiga
que decis muy hermosa?
Cosme. Oid, que quiero
pintaros su hermosura por entero:
es Filis (no es así como se llama,
que finjo por la honra de mi Dama)
Es pues una hermosura tan grandiosa,
que parece otra cosa;
quiéreme mucho, vive mal segura;
mirad, D. Luis, si es barro su hermosura.
Luis. Lacónico pintais. *Cosme.* Bonitamente
sabe pintar un hombre lo que siente;
no mas, Don Luis, lisonjas, yo las dexo.
Luis. Es gran beldad.
Cosme. Pues este es un bosquejo.
Esta pues me rindió tan ciegamente,
desde que ví sus ojos y su frente,
que me obligó (qué amor, qué barbarismo!)
á descubrirla mi pasion yo mismo.
Luis. Qué, le dixiste vuestro pensamiento?
rara fineza! *Cosme.* Extraña, á lo que siento:
mas sabe Amor (aunque lo escucha mudo)
que hizo mi resistencia lo que pudo;
y no es aquesta la mayor fineza,
que debe á mi cuidado su belleza.
Luis. La hay mayor?
Cosme. No es mayor sacar la espada
por ella yo, sin importarme nada?

Luis.

Luis. La espada habeis sacado?
Cosme. Sí, en conciencia.
Luis. Fineza es de las quatro la pendencia.
Cosme. Mirad, yo que venia
quando tocaban al Ave María,
por la calle abaxito de esta Dama,
que el corazon me inflama;
y ella, que de su casa iba saliendo
tapada::- vais conmigo?
Luis. Bien lo entiendo.
Cosme. Seguíla, y al llegar junto á mi casa::-
no me entendeis? parece que se os pasa?
Luis. En todo estoy.
Cosme. Parado estaba un hombre,
y ella le conocia por el nombre
sin duda, porque asiéndole de un brazo
se le llevó con gran desembarazo
hácia la esquina.
Luis. Cielos, qué he escuchado? *ap.*
sin duda este menguado
fué el que riñó conmigo, y la tapada
por esto ahora se apartó turbada
quando le vió venir: hay desengaño
mas notable! hay suceso mas extraño!
Quién tal creyera de tan bella Dama?
Cos Pues mirad, yo que ví un como se llama,
tan no sé como, desnudé el acero,
y á fe de Caballero,
que yo al dicho le diera
con algo, si por algo no me fuera.
Luis. Y á él le conocisteis?
Cosme. No por cierto,
porque riñó cubierto;
mas perdone su ausencia á mi mohina,
el tal era grandísimo gallina.
Luis. Bueno es esto, riñendo dos conmigo: *ap.*
cobarde en fin?
Cosme. Y tan cobarde, amigo,
que es vergüenza contarlo. *Luis.* Peleaba
con ventaja?
Cosme. Mirad, conmigo estaba
Juancho solo. *Luis.* Y con él?
Cosme. Solo venia
el otro. *Luis.* Pues quál fué la cobardía?
Cosm. Qué eso pregunte un hombre q̃ es dis-
ingenios bachilleres en efeto: (creto?
Veni acá; pues teniendo él á su lado
la Dama que me tiene á mí postrado,
no fué tener poquísima destreza
el no saber romperme la cabeza?
Jesus! si él fuera diestro, vive el Cielo,
que me pudo matar como un buñuelo.
Luis. Decis bien: hay mas raro desatino?
Cosme. De qué os reis?
Luis. Celebro el peregrino
pensar de un ingenio, y el saynete.
Cosme. Parece que os reis con sonsonete,
como quien oye una friolera?
y os pudierais reir de otra manera,
sabiendo que ninguno, ó alto ó baxo,
se ha reido de mí del Rey abaxo:
y mas vos, que sabeis que soy Mendieta
de los de Baronía y línea reta;
pero aquí mejor es irme y dexaros.
Luis. Aguardad, dónde vais?
Cosme Á no mataros.
Luis Ved, que me levantais un testimonio.
Cosm. Yo conozco estas manos de demonio.
Vanse Don Cosme y Juancho.
Mart. Bueno quedas. *Luis.* Lo has oido?
Mart. Mas me huelgo.
Luis. Qué, menguado?
Mart. Que te hallaste buena droga
allá en el Parque. *Luis.* Si ha entrado
en el quarto de Don Diego,
allí sabré todo el caso.
Mart. En fin, de este necio es Dama?
Luis. Confieso, que me ha pesado.
Mart. Y la chanza? *Luis.* Luego piensas,
que de estas cosas me mato?
no, Martin; obre el deseo,
y estése ocioso el cuidado.
Mart. Ello dirá. *Luis.* Vete tú
por esa parte, cuidando
de si nos sigue este necio,
que yo por esta me aparto,
y daré luego la vuelta.
Mart. Buen lance habemos echado. *Vanse.*
Salen Don Diego, Doña Isabel é Ines tapadas haciendo señas.
Diego. Este es mi quarto, señora:
yo no ví tales misterios;
todo es responder por señas,
mas no gasté muchos ruegos
para que entrasen. Quereis
que cierre la puerta? Bueno:

yo la cerraré: quedad
con Dios. Hácia el campo vuelvo
á ver si es tanta mi dicha,
que á Doña Isabel encuentro.
Don Luis tiene allá otra llave
de este quarto, y vendrá luego.
Hay mas rara hazañería!
este parece embeleco
de muger, que se supone
señora; pero él es cuerdo,
y sabrá diferenciar
lo afectado de lo cierto. *Vase.*

Ines. Buenas quedamos, señora;
cierto que parece cuento
de Comedia: un Galan tuyo
te dexa en su quarto mesmo
para hablar á otro Galan.

Isab. No me acuerdes lo que emprendo,
que yo misma estoy corrida
de verme á mí en este empeño;
mas con zelos, quién discurre
si son locuras los zelos?
Deseaba hablar á Don Luis,
acerté á ver á Don Diego;
llegaste tú á preguntarle
por él; respondió, ofreciendo
guiarnos adonde estaba;
empezó Don Luis muy tierno
á hablarme por otra Dama:
llegó mi hermano en efecto;
volví huyendo hácia mi quarto,
que es aquí pared en medio.
Vino Don Diego á rogarme,
que le esperase aquí dentro;
y yo no sé si aceptando
por desearlo, ó temiendo,
que entrar me viese en mi casa,
ó que durando en el ruego
me conociese, ó que ciega
de enojo, que es lo mas cierto,
sin acordarme de mí,
obedecí mis afectos.
Yo, en fin, me hallé en la indecencia
ántes que tuviese tiempo
de hacer con la voluntad
su oficio el entendimiento:
mas ya que el yerro conozco,
he de aprovechar el yerro,
rompiendo con Don Luis
de una vez, porque Don Diego
con diferente fineza
me galantea, y no quiero,
que padezca la opinion,
ya que padezca el afecto.

Ines. Sabes lo que he discurrido?
que si es, como estás creyendo,
Dama de Don Luis Doña Ana,
será raro atrevimiento
el venirse á hablar contigo
en el quarto de Don Diego
tu hermano. *Isab.* Ya no conoces
su osadía y su despejo?
demas, que este quarto tiene
sin registro, y algo léjos
del de Doña Ana la entrada.

Ines. Aquella puerta, que vemos
cerrada, debe de ser
la que manda por de dentro
al quarto donde reside *Ruido dentro.*
esa deidad: mas qué es esto?
abriéndola están. *Isab.* Ay triste!
no me faltaba otro riesgo.

Ines. Pues no es posible salir,
que estamos cerradas. *Isab.* Presto,
cúbrete bien. *Ines.* Mejor es,
que en la alcoba nos entremos,
hasta ver quién es. *Isab.* Bien dices:
hay mas sobresaltos, Cielos!

Escóndense, y salen por la puerta Doña Ana Dama, y Juana Graciosa, con los mantos por el cuello.

Juana. Así Martin me lo dixo.

Ana. Aunque el manto tenia puesto
para hacer una visita,
lo he de apurar, que no creo
lo que dices, ni es posible.

Juana. Digo otra vez, que saliendo
al campo, para excusarte
con Don Luis de no ir al puesto,
que le habias señalado,
encontré á Martin, y luego
que pregunté por su amo,
me dixo (es famoso cuento)
que en el quarto de tu hermano
discurriendo en unos zelos
le hallaria con mi ama.

Iba-

Ibame á turbar, creyendo
que te habian conocido,
però dió en vano mi miedo;
porque ántes de pocos lances
descubrí, que este embustero
de tu amante viene á verte
en aqueste quarto mesmo
con dos tapadas, y que
ha pedido para ello
la llave á tu hermano: andaos
creyendo á los hombres; fuego:
todas son afectaciones
las que ellos llaman afectos.
Al paño Isabel. Doña Ana es.
Al paño Ines. Si ahora entrase
Don Luis, la habiamos hecho
buena. *Isab.* No me pesara,
porque con eso verémos
si la conoce. *Ines.* No sé
yo en lo que están discurriendo.
Ana. Aunque el salir á este quarto
es nuevo en mí, y es mas nuevo
en mi condicion el dar
á estos pesares el pecho,
y en mis ojos el hacerse
testigos de atrevimientos
de esta calidad, no ha sido
posible con mi deseo,
que no me arroje á esta accion,
dorándome el desacierto,
como si el ver el agravio
no fuese un castigo necio,
que mortificase al Juez
y al culpado á un mismo tiempo.
Don Luis no puede extrañar
el hallarme aquí, sabiendo
que es el quarto de mi hermano:
y así, Juana, me resuelvo
á aventurar el que sepa
quien soy yo, porque al saberlo
sepa que sé quien es él.
Mas la puerta están abriendo;
déxalos entrar, no mires.
Juana. Sin duda es él, empecemos
á disimular.
Salen D. Luis y Mart. y cierra la puerta.
Mart. Juanilla
dixo con mil juramentos,
que su ama no ha salido
de casa. *Luis.* Yo tambien creo,
que es otra, que si ella fuera::-
mas por Dios, que es ella. *Mart.* Bueno;
y luego dirán, que el bobo
escogió mal. *Luis.* Estoy muerto!
Ana. Poco se ha turbado al verme:
este, Juana, no es despejo,
sino locura. *Isab.* Oye, Ines.
Luis. Turbado estoy; mas yo llego:
señora? *Ana.* Señor Don Luis,
pues vos aquí? *Luis.* Yo no acierto:
dónde están mis desahogos? *ap.*
Qué seria, que de veros
me hubiese turbado yo?
Ana. Qué seria? bueno es eso:
seria haber conocido,
que sois mortal. *Isab.* Ya lo veo:
los dos se conocen; cierta
fué mi sospecha: escuchemos.
Luis. Confieso, que estoy turbado,
despues que sé que me ha muerto
una deidad, que concede
sus aras á muchos ruegos.
Ana. Eso es necio, ó es turbado?
qué decis? que no os entiendo.
Luis. Saber quisiera deciros
un rasgo de lo que siento.
Ana. Los rasgos, Don Luis, no son
letras; mas legible os quiero.
Luis. Mas legible? atended pues.
Ana. Mucho pedis? pero atiendo.
Luis. Yo soy un buen cortesano,
que la vez que llego á amar,
me rindo tan á lo llano,
que siempre puedo alcanzar
mi libertad con la mano.
Por el amor que ha rendido
mi corazon mas violento,
nunca mi pecho encendido
le gastó un átomo al viento
para formar un gemido.
Y es mi dureza tan rara,
que en la mas tierna parola
de un sentimiento no echara
una lágrima tan sola
por un ojo de la cara.
Con eso me hago querer,

y á vos os lo digo así;
porque tal me llego á ver,
que pienso que he menester
desconfiaros de mí.
Yo os ví, y el amor sangriento,
flechando allí mi quietud,
dexó el corazon violento
fuerza para la inquietud,
y no para el movimiento.
Y hoy por solo unas sospechas
me trae con tal desazon,
que debe de tener hechas
sus alas mi corazon
de las plumas de sus flechas.
Esto en mis acciones veo,
esto dice Amor, señora,
sin que lo sepa el deseo,
vos no lo creais ahora,
que yo tampoco lo creo.
Ocultaros no he podido
estos mis ciegos desvelos,
y así vengo algo encogido
á pediros unos zelos,
sin haberlos merecido.
Don Cosme en vuestro favor
halla dulces acogidas,
y no me espanto en rigor;
porque tal vez sus heridas
con simples cura el Amor.
Yo no me enojo mas que esto,
aunque haya mas ocasion:
sí es verdad estoy dispuesto
á romper esta prision
con mucha flema, y muy presto.
Decidme pues si es así,
ántes con ántes, porque
despues, señora, que os ví,
me tirais mucho, y no sé,
qué tanto he de dar de mí.
Ana. Quando yo estoy extrañando
veros aquí, y el intento
con que habeis venido aquí,
salis con pedirme zelos?
Juana. No entiendo este desahogo:
cómo no le asusta el riesgo
de que vengan sus tapadas?
Isab. El juicio estoy perdiendo:
hay mas claro desengaño!
ya me falta el sufrimiento.
Mart. Hará, vive Dios, que yo *ap.*
me estoy aquí deshaciendo
de que Juana no ha llegado
á hablarme. *Juana.* Martin se ha hecho
de pencas, y yo le azoto *ap.*
con ellas, á lo que entiendo.
Mart. Ello ha de quebrar por mí. *Llega.*
Ha mi Reyna. *Juana.* Nombre tengo.
Mart. No acostumbro decir nombres,
quando quiero decir verbos.
Juana. Diga pues lo que me quiere.
Mart. Entrémonos aquí dentro,
y dexemos discretar
á nuestros amos. *Juana.* Entremos.
Van á entrar donde están Ines y Doña Isabel, y se detienen.
Ana. Mas quién es? qué ha sucedido?
Juana. Haber llegado primero
que nosotras estas Damas.
Salen Doña Isabel é Ines tapadas.
Isab. Ya me han visto, y ya no puedo
excusar el lance, Ines.
Ines. Ahora verás si es cierto.
Isab. Abrid, Don Luis, esa puerta.
Hacen que se van, y admírase D. Luis.
Luis. Pues cómo? quién es?
Isab. Yo pienso,
que os hago en no descubrirme
lisonja (rabio de zelos!)
y pudierais excusar
el traerme á estos empeños.
Ana. Juana, ellas son. *Juana.* No lo vés?
Ana. Quanto me dixiste es cierto.
Luis. Yo os he traido? aguardad:
yo á vos? *Ana.* Pobre Caballero!
pues esto teniais guardado?
Luis. Señora, viven los Cielos,
que es engaño. *Isab.* Acabad pues
de abrir la puerta. *Luis.* Antes quiero
saber quien sois, y yo mismo
he de llegar. *Va á descubrirla.*
Isab. Deteneos, *Descúbrese.*
que yo soy; ménos importa
darme á conocer en estos
delitos, que permitiros
que andeis conmigo grosero.
Luis. Pues vos, señora? *Mart.* Esta es otra,

y aquella es una. *Luis*. No acierto
á discurrir. *Ana*. Raro lance!
Pues vos, amiga, qué es esto?
en mi casa de esta suerte?
Isab. Doña Ana, aunque el desacierto
de una ciega::- Mas la puerta
parece que están abriendo.
Luis. Don Diego debe de ser.
Ana. Mi hermano? válgame el Cielo!
Luis. Pues D. Diego es vuestro hermano?
Ana. Ahora salis con eso?
Sale Don Diego, y se suspende.
Diego. No pude hallar en el campo
á Doña Isabel, y vuelvo
por si para sus tapadas
quiere Don Luis::- Mas qué veo!
mi hermana y Doña Isabel
aquí con Don Luis? no entiendo
lo que puede ser.
Dentro Don Cosme. Está
en casa el señor Don Diego?
Mart. Esta es otra mas. *Isab*. Ay triste!
mi hermano.
Hablan aparte D. Luis con Doña Ana, y D. Diego con Doña Isabel, y sale D. Cosme, y quédase al paño.
Cosme. Pero qué es esto?
Don Diego y Don Luis aquí?
mi hermana y Dama con ellos?
Don Diego y mi hermana? malo:
Don Luis y mi Dama? bueno.
Mart. Todos se han quedado mudos.
Diego. Confuso estoy y suspenso:
pues Don Luis, qué es esto? adónde
la Dama está, que aquí dentro
venisteis á hablar, y cómo
tan diferentes sugetos
hallo con vos? *Luis* Yo no sé *ap.*
qué responder. *Cosme*. El saberlo
á mí me toca tambien
de parte de hermana. *Ana*. Hay riesgo
mayor! mas pues todos callan, *ap.*
aquí de todo mi ingenio:
por los cabos he cogido
el caso: yo lo remedio
de esta suerte. No os admire
el ver á este Caballero
turbado, porque lo está
de escuchar mi sentimiento.
Diego. Sentimiento vos, Doña Ana?
pues de qué? *Ana*. La culpa de esto
vos la teneis. *Diego*. Yo la culpa?
Ana. Y estoy corrida por cierto,
de que aquí Doña Isabel
haya visto estos excesos.
Diego. No te entiendo.
Ana. Hoy vino á verme,
porque aquí pared en medio
se ha mudado, y entre tanto
que se ordenaba el festejo
de la merienda, quisimos
ver los coches, que saliendo
van al Sol de Leganitos,
porque solo este aposento
rejas á la calle tiene:
y apénas abrí para ello
esta puerta, que á la calle
corresponde, quando dentro
hallamos unas tapadas,
que corridas se saliéron,
sin querer decir quien eran,
por la misma puerta, y luego
abriendo esotra Don Luis,
y cerrando por de dentro,
donde sin duda buscaba
sus tapadas, vino á vernos:
de esto me enojé con él,
y ahora me enojo de esto
con vos, que dais vuestra casa
para estos atrevimientos,
teniendo una hermana en ella.
Remediadlo pues, Don Diego,
que yo entre tanto á mi quarto
con Doña Isabel me vuelvo.
Mart. Rara salida! á los dos
hermanos ha satisfecho
nuestra Ana. *Juana*. No quiebra mal
el octavo Mandamiento.
Diego. Digo que estás enojada
con razon: Don Luis, en esto
no hay que hablar, tiene razon.
Cosme. No tiene tal, bueno es eso.
Diego. Vos por disputarlo todo
lo decis, que aquesto mesmo
sentiréis siendo quien sois.
Cosme. Don Diego amigo, no siento:
que

que en queriendo gobernarnos
en quantas cosas hacemos,
se hacen madres las hermanas
dentro de muy poco tiempo.
Qué entendido soy! nunca
me persuadí, que habia hecho
traicion á mi amor Doña Ana.
Ana. Don Cosme, por acá dentro
con vuestra hermana venid.
Cosme. Estáse por mí muriendo: *ap.*
esta es cosa rematada.
Diego Don Luis, por acá saldrémos
nosotros. *Luis.* Don Diego, vamos:
zeloso voy de este necio. *ap.*
Ana. Que me empeñe yo en llevar *ap.*
conmigo á la que me ha muerto!
Isab. Que reciba yo agasajos *ap.*
de la causa de mis zelos!
Luis. Que haya perdido á las dos *ap.*
por tan extraño suceso!
Cosme. Que me quiera á mí Doña Ana,
y yo como, rio y duermo! *ap.*
Ana. Confieso, que voy sin juicio.
Isab. Que voy sin alma confieso.
Luis. Muriéndome voy de pena.
Cosme. Rabiando voy de contento.

JORNADA SEGUNDA.

Salen baxando desde lo alto al tablado Don Diego y Martin.

Diego. Baxa. *Mart.* No hay mas de baxar?
Diego. Ahora tienes temor?
Mart. Yo no; pero esto, señor,
es convidarme á saltar.
Diego. Habla paso, que estás necio,
y pon donde yo los pies.
Mart. Lo que tú me dices es,
que hable paso, y caiga recio:
á ti te trae tu aficion
ciego á saltar por aquí;
pero cuitado de mí,
que he de saltar sin pasion.
Diego. Si el miedo á vencerte empieza,
volverte ó callar te toca.
Mart. Eso es cerrarme la boca,
para abrirme la cabeza:
pero ya que hemos pasado
de tu jardin al jardin
de Doña Isabel, qué fin
lleva en esto tu cuidado?
Diego. Despues que aquí se mudó,
de este medio me hace usar
el no hallar otro de entrar
á hablarla.
Mart. Y qué he de hacer yo?
Diego. Ven, y pisa con recato.
Mart. Yo soy hombre tan discreto,
que sabrá guardar secreto
la suela de mi zapato.
Diego. Don Cosme quedaba ahora
entretenido en la casa
del juego (el alma se abrasa,
y los remedios ignora)
é Isabel anda remisa
en admitir mi aficion;
yo tengo poca ocasion,
y el trato no obra de prisa.
Este necio de su hermano
dexa la casa cerrada
de noche, y tan pertrechada,
que hablarla es intento vano:
y así, como se ha venido
á vivir pared en medio
de mi casa, este remedio
mi cuidado ha prevenido;
y ciegamente saltando
las tapias que nos dividen,
y los estorbos que impiden,
mi deseo atropellando,
á hablarla resuelto vengo;
bien que la tengo enojada,
por no tenerla avisada,
mas ya en vano lo prevengo.
Para esto á Don Luis busqué,
no le hallé en casa; y así,
en este intento, de ti
mi pecho, Martin, fié,
pidiéndote que vinieses
conmigo; pues lo tendrá
por bien tu amo. *Mart.* Y te dará
muchas gracias, si le hicieses
merced de acabar conmigo:
y he de entrar allá tras ti?
Diego. No, Martin, quédate aquí.

Mart. Soy criado de tu amigo:
en lo que me has encargado,
descuida, y déxame obrar.
Diego. Bien sé, que puedo fiar
mucho mas de tu cuidado.
En esta primera pieza,
que al zaguan y al quarto mira,
me espera. *Mart.* Yo estoy sin ira,
y el miedo á irritarme empieza.
Diego. Amor, haya dicha alguna
cierta ó cabal en tus glorias,
y no siempre tus victorias
den triunfos á la fortuna. *Vase.*
Mart. Ahora mis desconsuelos
salgan en estos retiros,
y repasando mis zelos,
entonen ya mis suspiros
el ay, ay, ay á los Cielos.
Don Cosme ceceó á Juana
denantes, y ella al reclamo
respondió; mas si se humana
con este necio, y mi amo
echa la culpa á Doña Ana?
Para ser recado, era
muy cerca aquel razonar;
y quando recado fuera,
no hay quien no sepa templar
sus falsas con la tercera.
Pero pasos he sentido,
si el miedo no los imita;
retírome á ver qué ha sido:
un soliloquio me quita,
como del Altar, el ruido. *Retírase.*
Salen Don Cosme con una escala en la mano y Juancho.
Cosme. Desde la casa del juego
me he venido paso á paso
á mi casa, y es el caso,
ya me entiendes, que estoy ciego.
Toma aquesta escala, y ve *Dásela.*
á la casa de Doña Ana,
que ya tengo hablada á Juana,
y hará lo que yo me sé.
Ofrécela treinta minas,
y di que la ponga luego,
que ya yo sé que Don Diego
se acuesta con las gallinas.
Mart. Don Cosme es sin duda (ay Dios!)
y hablando con Juancho está:
si ha visto á Don Diego ya
buena la hicimos los dos.
Cosme. Llévala pues.
Juanc. Yo voy. *Cosme.* Tente,
y escucha un poco. *Juanc.* Ya escucho.
Cosme. Lo que la has de encargar mucho
es, que la ate fuertemente;
que aunque al mirar su belleza
á Doña Ana el alma dí,
no quiero que sea mi
quebradero de cabeza.
Juanc. Y el atarla esa mozuela,
que apadrina tu aficion,
ha de ser en el balcon,
que cae á la callejuela?
Cosme. Cómo qué? por Dios, que trae
lindas maulas: majadero,
no os he dicho, que no quiero
que sea en el balcon que cae?
Pero descuidaos, por vida
vuestra, que vos subiréis
delante de mí, y me haréis
la salva de la caida. *Vase Juancho.*
Ahora bien, á mi aposento
un rato me quiero entrar,
y á mis solas ensayar
un bello razonamiento,
para decir lindamente
á Doña Ana mi sentir;
porque el hablar y el morir
no quiere ser de repente. *Vase.*
Sale Mart. Uno hácia al quarto se entró,
y otro hácia el zaguan se fué;
que con la Luna se vé:
pero él vuelve: si me vió?
Sale Don Cosme, y encuentra con Martin.
Cosme. Juancho, aguarda, espera, tente.
Mart. Yo callo. *Cosm.* Qué bueno ha sido,
Juancho, que no te hayas ido:
porque haga mas fácilmente
Juana lo que la he pedido,
llévala estos diez doblones:
esto es en las ocasiones *Dale un bolsillo.*
saber ser uno advertido. *Vase.*
Mart. Porque haga mas fácilmente
Juana lo que la he pedido,
llévala estos diez doblones?

Ay amor! buena la hicimos:
mira si para un agravio
son menester mas indicios.
A Juana Don Cosme, á Juana
sus doblones, y conmigo?
yo el precio vil de mi afrenta?
yo sin honra, y con bolsillo?
Vive Dios, que los echara
mas altos que treinta gritos,
sino fuera por las Cruces,
y las armas de Carlillos.
Pero otra vez siento pasos
que se acercan; no ha podido
cuajarse un soliloquio,
por mas que lo solicito.

Salen Doña Isabel é Ines asustadas, y Don Diego con ellas.

Isab Dónde queda? *Ines.* Hácia tu quarto
se entró. *Isab.* Si nos ha sentido?
Ines. Pienso que sí, porque entraba
con pasos muy desmedidos.
Isab. Terrible susto! Don Diego,
nunca acrediteis lo fino
con lo arrojado; idos presto,
que de tal suerte he sentido
este atrevimiento vuestro,
que á ser hombre de otro estilo
mi hermano, de él me valiera
contra vuestros desvaríos:
idos pues. *Diego.* Bella Isabel::-
Isab. Reparad en mi peligro.
Diego. Cómo reparando en él
puedo dexar de asistiros?
Isab. Porque el peligro es que os halle
aquí mi hermano conmigo.
Diego. Pues ya que::-
Isab. No he de escucharos.
Diego. Obediente::- *Isab.* No he de oiros.
Diego. Pues sepa yo que no voy
en desgracia vuestra. *Isab.* Digo,
que todo lo que quisiereis.
Diego. Dichoso infeliz he sido:
Martin? *Mart.* Aquí estoy: nos vamos?
Diego Sígueme. *Mart.* No es mejor irnos
por la puerta de la calle,
que ahora salió Juanchillo,
y se la ha dexado abierta?
Diego. Bien dices: vente conmigo
hácia tu casa, que quiero
ver á tus amos. *Mart.* Prestico,
que un hermano bobo monta
mas que un bellaco marido. *Vanse.*
Isab. Fuéronse ya? *Ines.* Ya se fuéron,
Isab. Muerta estoy! *Ines.* Si nos ha visto
es un Neron, y no doy
por nuestras vidas un higo.
Isab. Ines, volvamos adentro
ántes que::- Pero qué miro!
mi hermano vuelve, la espada
desnuda y el color perdido,
y los pasos descompuestos.
Ines. Yo doy la vida, y no miro:
con una luz en la mano,
y vibrando el vengativo
acero hácia acá se acerca.
Dent. Cosm. Dónde vas, hombre atrevido!
mira que te mato. *Isab.* Ya
evidencias y no indicios
me asustan: Ines, qué harémos?
Ines. Fuerza ha de ser el salirnos
al zaguan, pues no podemos
volver adentro: aturdido
tengo todo el corazon.
Isab. Nada acierto, nada elijo:
mas ya llega, ven aprisa.
Ines. Muerta estoy! *Isab.* Voy sin sentido!

Vanse, y sale Don Cosme con una luz en la mano, y la espada desnuda.

Cosme. Despues de haber ensayado
un razonamiento altivo,
con que decirle á Doña Ana,
que quiero ser su marido:
por otra tal, he tomado,
y con la espada he venido
ensayando una pendencia,
por si acaso me acuchillo;
y llevado del afecto,
dí á mi contrario dos gritos,
porque yo siempre acostumbro
hablar recio quando riño.
Pesaráme, que mi hermana
se haya asustado de oirlo;
mas ya dormirá, que es suya,
y no yo por quien se dixo:
cómo amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?

Vuelva el acero á la vayna,
y bien sabe el acerillo,
que es está la vez primera,
que vuelve á la vayna limpio.
Dent. Juanc. Váyanse á pasear las muy,
y no digo mas. *Cosme.* Juanchillo,
qué es eso? *Sale Juancho.*
Juanc. Que en el zaguan
se nos habian metido
dos mugeres. *Cosme.* De qué porte?
Juanc. De seda eran los vestidos;
pero serian de porte
medio real. *Cosme.* Qué Vizcaino
te estás: serian quejosas,
que me rondan por esquivo:
y fuéronse? *Juanc.* Como viéron
que tú salias al ruido,
apretáron á correr,
y yo cerré. *Cosme.* No me admiro,
soy de codiciar, y hay muchas,
que honrarse quieren conmigo,
y con la sangre Mendieta,
que me dexó el padre mio
en su testamento: y bien,
hablaste á Juana? qué ha dicho
de la escala? *Juanc.* Que estaria
puesta, y todo prevenido.
Cosme. Lo que hacen unos doblones:
este es muy fiel Vizcaino; *ap.*
no sisaría: Jesus,
jurara por él á Christo.
Y es Juana moza de fuerza?
Juanc. Moza de fuerza y de brio.
Cosme. Cómo ella ha de atar la escala?
dígolo, porque lo digo.
Juanc Descuida. *Cosme.* Los de mi casa
siempre hemos sido enemigos
de caidas, porque somos
los Mendietas como un vidrio.
Pero vamos á hacer hora
de escalar, que ya le he dicho,
que hasta que yo haga la seña
no la ponga: ven conmigo,
que quiero dexar cerrada
la puerta, que no me olvido
del cuidado de mi casa,
que tengo en este Castillo
una hermana, y las hermanas
guardarlas como Domingos. *Vanse.*
Salen Doña Ana y Juana con luz.
Ana. Pon, Juana, esa luz allí,
y ve luego á abrir la puerta
á Don Luis.
Juana. Cómo? estoy muerta!
Don Luís viene á verte? *Ana.* Si;
que mi hermano nunca viene
tan temprano á casa, y yo
estoy tan ciega, que no
teme el alma, ni aun previene
los riesgos. Vile en la calle
desde una reja, intenté
desviarme, y no basté
conmigo á dexar de hablalle.
Díxele en fin, que á esta hora
viniese á verme, y yo estoy
zelosa, ya lo dixe, y doy
la disculpa á quien no ignora
la culpa de mi cuidado;
porque sepas que no admito
réplicas, sé que es delito,
y los ojos he cerrado.
Juana. Si ella supiera, que ahora *ap.*
en el balcon de esta sala
puso poco ha una escala
esta mano pecadora!
No sé como no ha subido
Don Cosme: si me engañé,
y de otro la seña fué?
en buen riesgo me he metido.
Ana. No vas? *Juana.* Si señora: yo
no puedo ya remediallo; *ap.*
voy á obedecer, y callo,
que bien sé decir de no.
Tan bizarramente niego,
que nunca de mí barruntan,
porque niego si preguntan,
y si porfian reniego. *Vase.*
Ana. Corazon, yo me perdí;
confieso, que estoy mortal,
y voy siguiendo mi mal
con apartarme de mí:
Mas qué es esto? yo que dí
las flechas de Amor al viento,
hoy en mi pecho fomento
el fuego que él encendió?
miente Amor, y miento yo,
si

si imagino que no miento.
Y de un hombre, que á otra quiere,
prendada ya con pasion?
ea, triunfe la razon
de lo que el amor venciere:
persuádase á que adquiere
el pecho el perdido aliento:
mas ay! que está muy violento
Amor, y yo inadvertida,
con creer que estoy rendida,
perficiono el rendimiento.
Finjo, y afecto el valor,
pero es salud inconstante;
porque si quiero á mi amante,
si á Don Luis tengo amor,
qué importa que en lo exterior
esté el sentimiento mudo,
si queda dentro lo agudo
del dolor que me despecha,
y es esto romper la flecha,
pensando que la sacudo?

Sale Juana con Don Luis.

Juana. Entrad, que aquí está: si puedo
he de llegar al balcon *ap.*
en viéndolos divertidos,
y quitar la escala. *Luis.* Yo
confieso, que estoy turbado.
Ana. Señor Don Luis, aunque vos
tendréis por atrevimiento
de una muger como yo
el tomar esta licencia,
quiero que aquí entre los dos
apuremos la verdad
de nuestras quejas, y que hoy
busquemos el desengaño
primero que la pasion,
conociendo que el remedio
le haga parecer dolor.
Luis. Yo no sé, hermosa enemiga,
cómo has tenido valor
para escuchar á un quejoso,
que ha de buscar con su voz
la paciencia de tu oido
primero que la atencion.
Yo no sé::- *Ana.* Señor Don Luis,
aunque juzgais que el amor
me tiene ciega, conozco
de colores, y que hoy
pecan de muy claros esos
que adornan vuestro fervor:
ménos retórica busco,
y mas afecto. *Luis.* Yo estoy
tan léjos de ponderar,
que aun al decir mi pasion,
el dolor me ofende ménos,
que el desayre del dolor:
porque cómo he de deciros,
que al ver vuestra perfeccion,
la lisonja de la luz
se introduxo en el ardor,
y á pocos pasos del fuego
se fué aumentando la accion,
y la luz que me guiaba
en el humor se escondió?
Y cómo pasaré luego
á quejarme de que vos,
teniéndome de esta suerte,
permitais, siendo quien sois,
que un necio pueda decir,
que escuchais::- Mas vive Dios,
que no estoy en lo que digo,
ni sé á qué título os doy
estas inútiles quejas.
Tenedme lástima vos,
que en pleytos de quejas, es
desdicha tener razon.
Juana. Yo quito la escala ahora *ap.*
que están en fuga los dos.
Ana. Dónde vas, Juana? *Juana.* Parec*e*
que estaba abierto el balcon,
y le queria cerrar.
Ana. Ciérrale pues. *Juana.* No naci*ó*
con dias mi embuste. *Ana.* Cierto
señor Don Luis, que son
de calidad vuestros zelos,
que he tenido por mejor
despreciarlos por indignos
de mi oido y vuestra voz;
y acordándome tambien
de lo que hoy os sucedió
en el quarto de mi hermano
á Doña Isabel y á vos,
solamente he de deciros,
que si me pintasteis hoy
muy falso y muy despejado
vuestra libre condicion,

os quiero pintar la mia:
y así, pues entónces yo
os presté un rato el oido,
volvédmele ahora vos.
Yo soy, Don Luis, una Dàma,
que no conozco ese duende
del Amor, sino es por fama;
y aunque no sé lo que enciende,
sé lo que alumbra su llama.
Porque con ojos atentos
he visto en otras paciencias,
lo que pueden sus tormentos,
y de agenas experiencias
compuse mis escarmientos.
Las voces que á su pasion
da un amante en un despecho,
ó en una ponderacion,
ya sé que salen del pecho
huyendo del corazon.
Con solo ajustar la mira,
desentraño sus cuidados,
y saco al que mas suspira
la verdad, de siete estados
debaxo de la mentira.
De esto nace, que el gemido
con que llama el ciego Dios
un amante enternecido,
se me entra por un oido,
y se me sale por dos.
Mis ojos en la mitad
de este cuidado halagüeño,
que andan tras la libertad,
tratan con cariño al sueño,
y al llanto con sequedad.
Y así, esos tiernos gemidos,
y esas suaves violencias,
guardad para otros oidos,
que yo tengo las potencias
delante de los sentidos.
Eso debe de ser bueno
para Isabeles; errado
viene, Don Luis, el veneno;
porque acá dan el trenzado
á lo que allá dan el freno.
Gran socorro es lo piadoso
para una fea, que hallara
en amor mucho reposo,
si lo dócil no llenara
los vacíos de lo hermoso.
En ella, Don Luis, haced
esas suertes, que impedida
en vuestra amorosa red,
será quitarla la vida,
hacérsela de merced:
que yo me hallo tan señora
de mí, que sin que este caso
me haga sacar por ahora
á la muerte de su paso,
pienso morirme á mi hora.
Porque al ver que está de Dios
el no querernos los dos,
en ménos que ha que lo digo,
hice la cuenta conmigo,
y puedo vivir sin vos.
Luis. Nada de quanto decis
me ha causado admiracion;
porque nunca esperé mas
de mi dicha, ni de vos.
Pero dexad que me admire,
de que siendo como sois,
ó como os pintais::- Qué escucho?
Suena una seña en el balcon.
señas en vuestro balcon?
Ana. Juana, qué es esto? *Luis.* Qué bueno!
Juana, di con turbacion,
como que á tu ama temes,
que estos son yerros de Amor,
y que á ti te hace la seña:
no es esto así? *Juana.* Yo, señor,
no sé nada. Este es Don Cosme: *ap.*
temblando de miedo estoy.
Ana. Don Luis.
Luis. Nó hay Don Luis, Doña Ana:
estos desengaños son
muy costosos; yo no tengo
para sufrirlos valor:
á Dios, á Dios. *Ana.* Tente, espera,
que has de averiguarlo. *Luis.* Yo?
á qué propósito? aparta.
Ana. No te has de ir.
Luis. Si es prevencion,
porque no me vean salir,
por eso mismo me voy.
Ana. Don Luis, el Cielo me falte
si sé quien es, y es rigor:
pero qué es esto? *Suena ruido.*
Luis. Esto es ya
hacer fuerza en el balcon

para abrirle. *Juana.* Yo estoy muerta!
Ana. Quién será? válgame Dios!
Luis. Yo lo sabré de esta suerte.
Ana. Tente, dónde vas? *Luis.* Ya estoy
resuelto á cumplir conmigo,
pues no he de cumplir con vos.
Juana. Buena la hemos hecho. *Luis.* Ahora
sabremos quien es.
Abre el balcon y empuña, y sale Martin.
Mart. Señor,
tú aquí? terrible desdicha!
Luis. Qué es esto? *Mart.* Fuerte ocasion!
Luis Qué traes? *Mart.* Escóndete aprisa.
Luis. Cómo? de quién? *Mart.* Qué sé yo?
de Don Diego. *Ana.* De mi hermano?
pues dónde está?
Mart. Hecho un Neron
queda en la calle. *Luis.* De qué?
Mart. De que ha visto en el balcon
la escala. *Ana.* La qué? *Mart.* La escala.
Ana. Pues quién (sin aliento estoy!)
pudo atreverse? *Luis.* Esto mas?
Doña Ana, di que es rigor
el no creerte. *Ana.* Don Luis::-
Luis. Ya, ingrata, se acabó
Don Luis: prosigue, Martin,
sepa todo el lance yo,
para ver lo que he de hacer.
Mart. Viniendo ahora los dos
de buscarte, despues que
fuí un rato su guardador
de espaldas en otro lance,
que dixe en otra ocasion,
dió la vuelta hácia su casa,
por no haberte hallado, y vió
con los rayos de la Luna,
pendiente de ese balcon
una escala: fué á la puerta
de la calle, y la encontró
abierta; quedó aturdido,
y el mismo ciego furor
le hizo discurrir entónces,
que si entrar por el balcon
resolvia, por la puerta
se le iria el agresor;
y si por la puerta entraba,
dexaba sin prevencion
la ventana; y así quiso,
que entrase por ella yo
á solo espantar la caza,
remitiendo á su valor
el guardar ambas salidas.
Mirad ahora los dos,
qué habeis de hacer, porque él queda
en la calle. *Ana.* Muerta estoy!
Luis. Fuerte empeño!
Juana. En hora mala
troqué la seña. *Mart.* Señor, *ap.*
resolvámonos aprisa.
Luis. Doña Ana, auque está mi amor
por tan claras evidencias
desobligado de vos,
soy Caballero, y está
obligado mi valor:
adentro os podeis entrar,
que aquí retirado yo,
veré en lo que para el lance,
y os defenderé, que no
porque esté ahora sin gusto,
estoy sin obligacion.
Ana. Don Luis, el Cielo es testigo
de que yo sin culpa estoy.
Luis. Bien está, no os detengais
en disculpas. *Ana.* Pues á Dios,
que en esa quadra estaré
viendo lo que pasa. *Luis.* Y yo
en esa de esotro lado.
Mart. Y yo hácia la calle voy
á deslumbrar á Don Diego. *Vase.*
Luis. Buen pago dais á mi amor.
Ana. Vos veréis el desengaño.
Luis. Qué desengaño mayor?
Juana. Aprisa, que siento pasos
allá fuera. *Ana.* A Dios. *Luis.* A Dios.
Retíranse á los dos lados, y salen Doña Isabel é Ines con mantos.
Ines. Todo está solo. *Isab.* Entra, Ines,
y pregunta por Don Diego,
que ya que fué su amor ciego
causa de mis riesgos, es
empeño suyo ampararme,
y mio el no desear
otro amparo en mi pesar,
quando por él llego á hallarme
perdida. *Ines.* Bien se ordenó
el que estos mantos nos diese
mi amiga, sin que supiese
la causa que me obligó

á

á pedirlos:- ya no es tanto
mi miedo, que una muger
no conoce á quien temer,
si se vé detras de un manto.
Sale D.Cosme. Cansado vengo y rendido.
Ines. Ay Dios! que es tu hermano.
Isab. Quién?
Ines. El es. *Isab.* Pues cúbrete bien:
A quién esto ha sucedido?
Cosme. Buscando la escala, hallé
la puerta de mi Doña Ana
abierta, y tuve mas gana
de entrarme aquí por mi pie,
que por los pasos agenos
de una escala majadera,
que por lo ménos me hiciera
una cabeza de ménos.
Luis. Tapadas aquí? qué es esto?
y Don Cosme? *Ana.* Hay mas extraño
suceso! *Luis.* Parece engaño
del sentido. *Cosme.* Yo protesto
ser cortes en la ocasion.
Abro, pues: pero aquí están
dos tapadas; quién serán?
mas qué pregunto? ellas son.
Doña Ana es sin duda alguna,
que impaciente de aguardar,
me queria ir á buscar:
yo tengo gentil fortuna.
O qué bien he discurrido!
luego mi ingenio lo errara,
vive Dios, que es cosa rara
lo que tengo de entendido.
Lleguemos, pues: yo quisiera::-
Isab. Hay mas infeliz muger?
Cosme. Como dixo el otro, ver
toda la carilla entera.
Salen Don Diego y Martin.
Diego. Como tardaste en salir,
hice la escala pedazos,
y volviendo hácia la puerta,
ví dos mugeres que entráron
en mi casa, aguardé un poco
que pasase mas abaxo
un hombre, que por la calle
venia, y acá se ha entrado
tambien: qué puede ser esto?
Mart. Yo los encontré, baxando
al zaguan, mas no me viéron.
Diego. Aguarda, que, ó yo me engaño,
ó es Don Cosme. *Mart.* El es, y está
con dos Damas porfiando.
Diego. Y ellas se recatan de él;
escucha un poco. *Ana.* Mi hermano
entró ya: válgame Dios!
si se quitasen del paso,
para que salga Don Luis.
Luis. Don Diego entró; bien me ha estado
que con los dos se detenga.
Diego. Yo me resuelvo á apurarlo.
Cosme. Dale que ha de estar tapada:
pero quien::- Don Diego? andallo,
aquí se ha de undir el mundo.
Isab. Hay mas raros sobresaltos!
Diego. Don Cosme, qué es esto? vos
entrais de esa suerte? *Cosme.* Paso,
no me pregunteis, Don Diego,
que no respondo en el campo.
Yo estoy resuelto á amparar
á vuestra hermana: apartaos,
Doña Ana, hácia mis espaldas,
por si hubiere chincharrazos.
Empuña la espada, y pónese detras Doña Isabel, y se descubre á D. Diego.
Diego. Mi hermana::- pero qué miro?
Doña Isabel es, que el manto
levantó para avisarme:
hay empeño mas extraño!
Cosme. Vive Dios, que me ha temido:
si es gallina? quereis algo
para ello? qué decis?
Mart. Señores, este menguado
nos ha de quitar el juicio.
Luis. Absorto estoy de escucharlo.
Cosme. Si estais de paz, acabemos,
que me cansa lo empuñado.
Diego. No sé qué hacer, pues no es bien
sufrir, que ni aun engañado *ap.*
piense que me ofende; á todo
he de ocurrir. *Cosme.* Buen cuñado,
por cierto. *Diego.* Señor Don Cosme,
vos padeceis grande engaño.
Esta Dama, que tapada
de vos se está recatando
ni es mi hermana, ni yo puedo
dexar, á que he de estorbaros
con mi acero el conocerla,
si os resolveis á intentarlo.

Empuña, y pónese delante de Doña Isabel.

Cosme. Patarata, patarata;
de risa estoy rebentando:
así es la Corte; que no es *ap.*
su hermana dice el cuitado,
y es eso no querer darse
por entendido del caso;
mas no le valdrá. Don Diego,
no hay cosa como hablar claro:
vuestra hermana, que decis
que no es la que está escuchando,
era mi muger in mente,
y para hablarla del caso,
hice poner una escala
á ese balcon. *Luis.* Qué he escuchado!
de este necio era la escala?
ah traidora! *Ana.* Bien quedamos
de esta vez, vanidad mia.

Diego. Atándome está las manos *ap.*
su hermana, para que aquí
no le dexe castigado
de este atrevimiento. *Cosme.* Y, como
digo de mi cuento, hallando
la puerta de par en par,
por ella de entrar acabo.
Mas soy tan pundonoroso,
y el veros tan reportado
me ha desquejado de suerte,
que ya se me va quitando
la gana de ser su esposo:
y por Jesu-Christo santo,
que por no tener muger
civil de parte de hermano,
si no me matais primero,
no he de ser vuestro cuñado. *Vase.*

Diego. Esperad. *Isab.* Tened, D. Diego:
quereis perderme? *Diego.* Hay mas raro
disgusto! Doña Isabel,
pues vos, qué es esto? en mi quarto
de esta suerte, y á esta hora?

Isab. Ya, Don Diego, me ha engañado
mi fortuna, en que mi honor
solicite vuestro amparo,
quando padece por vos
estos riesgos. *Diego.* Yo he causado
vuestros riesgos? *Isab.* Sí, que luego
que os fuisteis, y yo á mi quarto
asustada, como visteis,
me quise volver, mi hermano
salió de adentro, la espada
desnuda, el color turbado,
y las voces descompuestas,
y fué fuerza retirarnos
Ines y yo hasta el zaguan,
desde donde nos hallamos
empeñadas en salir
huyendo á la calle, y quando
me vi sin otro recurso,
pidiendo Ines estos mantos
á una amiga suya, vine
á deciros el estado
en que vuestro amor me ha puesto;
y apénas habia llegado,
quando pasó lo que aquí
habeis visto. *Luis.* El mismo caso
me ha de sacar del empeño.

Diego. No teneis que congojaros
ni rendiros, pues yo estoy,
bella Isabel, empeñado
en defender vuestra vida;
y así, señora, entre tanto,
que se median estas cosas,
podéis estar en el quarto
de mi hermana. *Ana.* Solo ahora
me faltaba, sobre tantos,
este pesar. *Isab.* Don Diego,
lo primero que os encargo,
es, que no me vea Doña Ana.

Diego. Pues por qué? *Isab.* No es este caso
para que nadie lo sepa.

Diego. Pues mi hermana debe daros?

Isab. Por ningun caso, Don Diego.

Diego. Bien está. *Isab.* No fuera malo
dar venganza á mi enemiga.

Diego. Si fuera algo mas temprano,
os pusiera en un Convento,
donde estaréis entre tanto,
que con mas decoro vuestro
llega de mi dicha el plazo;
mas no es posible á esta hora
disponerlo, ni yo hallo
otro medio, que pedir
por esta noche su quarto
á Don Luis, de quien hoy solo
puedo fiar mi cuidado,
trayéndole á él conmigo,
porque esteis con el recato,
que se debe á vuestro honor.

Isab.

Isab. Mi honor solo está en mi mano;
vuestra me hizo la fortuna,
y en lo demas, en juzgando
vos que es decente, no tengo
que reparar; mas reparo
en que no sepa quien soy
vuestro amigo. *Diego.* Eso dexadlo
á la atencion de mi amor.
Aunque el ser de este menguado
la escala, y lo que yo fio *ap.*
de la atencion y el recato
de mi hermana::- Mas despues
apuraré todo el caso,
que esto es ya lo mas preciso:
vamos pues, señora. *Isab.* Vamos.
Diego. Ven, Martin. *Vanse.*
Mart. Famosamente
se ha dispuesto, que mi amo
salga del riesgo en que está,
y de camino ha apurado
sus zelos: mi tema es,
que un Bobo basta á embobarnos
á todos, que á mí tambien
con Juana zelos me ha dado;
y yo soy tan para poco,
que un soliloquio no acabo. *Vase.*
Salen Don Luis y Doña Ana.
Luis. Irme sin verla quisiera.
Ana. Don Luis, dónde vais? yo salgo *ap.*
corrida. *Luis.* Doña Ana, á Dios.
Ana. Oid. *Luis.* Mucho desenfado,
ó mucho valor teneis;
pues, vuestro respeto ajando,
quereis oir el lenguage
de un hombre desengañado.
Ana. Ah, pese á mi sufrimiento!
pues soy tan necia, que á hablaros
de veras me mortifico
en la accion de un mentecato.
Luis. Yo me holgara de ser fácil
de creer, para aventuraros,
con lo dócil del oido,
los adornos del engaño:
mas no estoy::- Ea, callad,
que temo mucho acordaros
quan necio estais, y correrme
en habiéndooslo acordado:
la osadía de este loco
remediará::- *Luis.* Quién?
Ana. Mi hermano,
que la ha sabido, ó yo sola,
que para el remedio basto.
Luis. Remedio? y decid, con eso
queda cabal vuestro garbo,
si es propiedad del remedio
el llegar despues del daño?
Ana. De suerte, que yo sabria
lo que este necio ha intentado?
Luis. Dexadme, no me obligueis
á responder. *Ana.* Y esperando
á este necio, os llamaria,
para qué, para ocultaros
mi delito? *Luis.* Y ese necio
tendria esos desacatos,
si ántes no le ocasionara
la infamia de vuestro agrado?
Ana. Advertid, que hablais conmigo.
Luis. Advertido, y desayrado
me quereis? quedad con Dios.
Ana. Mirad, que estoy violentando
mi decoro en deteneros.
Luis. Y qué haré yo en escucharos?
Ana. Por mí ha de volver el tiempo;
vos veréis que todo es falso.
Luis. El tiempo? bueno: y mis zelos
quereis que estén tan de espacio?
Ana. Aun bien, que está vuestra Dama
esta noche en vuestro quarto.
Luis. Despropósitos ahora,
que las disculpas faltáron?
ea, dexadme. *Ana.* Que os dexe?
bien está; ya os dexo, y tanto,
que no habeis de verme mas.
Luis. Yo veros? pártame un rayo
si lo intente. *Ana.* Y á mí
si en eso os fuere á la mano.
Luis. Jurais? *Ana.* No jurasteis vos
primero? *Luis.* Mucho intentamos, *ap.*
corazon. *Ana.* Amor, muy presto
os habeis determinado. *ap.*
Luis. Yo verla? *Ana.* Yo detenerle? *ap.*
Ois? mirad. *Luis.* Teneis algo
que mandarme? *Ana.* Nada: solo
que advirtais, que habeis jurado.
Luis. Bien está; á Dios: pero ois?
Ana. Qué quereis? *Luis.* Si os he llamado,
solo queria deciros,
que no sé jurar en vano.

Ana.

Ana. Esto es amor? yo voy muerta! *ap.*
Luis. Esto es querer? voy rabiando! *ap.*
Ana. Dónde estais, mis altiveces,
que así os dexais mis agravios?
Luis. Dónde estais, mis desahogos,
que en veras habeis parado?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Cosme y Juancho.

Juanc. Esto es cierto. *Cosm.* Que eso pasa?
Juanc. Un vecino que lo vió,
me lo dixo á mí. *Cosme.* Que entró
Don Diego anoche en mi casa?
Juanc. Si señor, Don Diego ha sido
sin duda, y él diz que ahora
tiene oculta á mi señora.
Cosme. A mi hermana se ha atrevido
Don Diego? *Juanc.* Es gran desafuero.
Cosme. D. Diego? *Juanc.* D. Diego pues.
Cosme. Mucho me espanto, porque es
bonísimo Caballero.
Juanc. Yo no llegara á decillo,
si no estuviera informado.
Cosme. Heme puesto colorado?
Juanc. No lo veo. *Cosme.* Ni amarillo?
Juanc. No señor. *Cosme.* Es gran mentira:
ni pálido? *Juanc.* No lo toco.
Cosme. Ni verdinegro? *Juanc.* Tampoco.
Cosme. Pues en qué entiende la ira?
que es posible que no echo
llamas por los ojos? *Juanc.* Muda
es tu cólera. *Cosme.* Sin duda
tiene que hacer en el pecho:
quiero pues soplar su fuego.
Que es posible que así fué?
Don Diego á mi hermana? á fe,
que me ha cansado Don Diego.
Juanc. Cansado? poco te amarga,
pues hablas con tal descanso.
Cosme. Majadero, si me canso,
no me echaré con la carga?
Paréceos, que no darán
la muerte á Don Diego? luego
haced doblar por Don Diego
al primero Sacristan,
y por quantos Diegos dora
el Sol desde Polo á Polo;
porque por aqueste solo,
piensan la hora de ahora,
sin dudas ni pareceres,
matar mis enojos ciegos
mas de quatro mil Don Diegos,
sin los niños y mugeres.
Juanc. Eso sí es lo que conviene.
Cosme. Heme demudado ya?
mas que un color se me va
tras otro que se me viene?
Tú eres Vizcaino honrado,
y tienes el juicio presto;
pues hágote para esto
de mi Consejo de Estado.
Haz cuenta que viene allí
Don Diego: yo me mesuro:
él disimula perjuro,
yo se lo entiendo entre mí:
llego en ademan valiente,
mírole con rostro fiero,
él me quita á mí el sombrero,
y yo le digo, que miente.
Juanc. Jesus, y qué arrojamiento!
Cosme. Pues habrá mas de dexallo?
eso tengo yo, que callo
en viendo que no contento.
Va por acá, su venida
advierto, saco el acero,
y dígole: Caballero,
venga mi hermana ó la vida.
Juanc. Eso habiais de decir?
Cosm. Pues daréle? *Juanc.* Es mala accion.
Cosme. Qué revesados que son
los principios del reñir!
Juanc. Eso un Caballero ignora?
has de llegar muy compuesto,
y has de decirle, en tal puesto,
cuerpo á cuerpo, y á tal hora.
Cosme. Déxalo: qué necia tema!
compuesto y airado? hay tal:
y si me diese algun mal
la cólera con la flema?
Pero ya que ello ha de ser,
paciencia, y matarle luego:
Aguarda aquí, miéntras llego
á aquella Botica á hacer
un papel de desafío,
que le lleves. *Juanc.* No es mejor
decírselo tú, señor?

Cosme. No, que si me habla contrito,
me moverá hoy á piedad;
y en fin, yo soy en verdad
mas airado por escrito.
Juanc. Vaya; pero no quisiera,
que al tomar ese papel,
alguna libertad él
airado me respondiera,
y me matara al sereno.
Cosme. Bien, y queríades vos
uno, y para mí otro Dios?
vení acá; y seria muy bueno,
que al llegar yo á señalarle
la campaña muy mohino,
me dixera un desatino,
que me obligara á matarle?
Noramala, hacedlo así,
rompeos y desasnaos,
y si os matare, dexaos
matar, que yo estoy aquí. *Vase.*
Juanc. Yo sirvo á un entendimiento
de gran fondo: cosa rara
y digna, cierto, de envidia,
es el consuelo que gastan
los bobos en este mundo,
y aquella gran confianza
de que imaginan que son
sentencias las patochadas.
Sale Juana con manto y un papel.
Juana. Dos horas ha que perdida,
con un papel de mi ama,
ando buscando á Don Luis;
pero Juancho es este, vaya
miéntras hago otro papel,
el tal papel á la manga,
que esto que vale dineros
es primero: Juancho? *Juanc.* Juana,
bien venida. *Juana.* Dónde está
tu amo? *Juanc.* Por ahí anda
como ánima en pena: y bien,
qué hay de nuevo? *Juana* Que mi casa
está llena de temores;
que Don Diego trae la cara
rostrituerta, y desde anoche
no ha entrado á ver á su hermana;
que ella pierde el juicio, viendo
que se puso aquella escala
sin su órden, y que yo
niego tan disimulada,
que casi yo misma creo
mi mentira. *Juanc.* Esa es la gracia,
que quien bien miente, bien siente.
Juana. No sino mentir sin alma.
Pero allí he visto á Don Luis *ap.*
por aquella encrucijada
muy de prisa: quiero darle
este papel de mi ama.
A Dios. *Juanc.* Dónde vas?
Juana. Ya vuelvo.
Juanc. Espérate, no te vayas,
que al punto vendrá mi amo.
Juana. No puedo esperar. *Juanc.* Aguarda,
que no te has de ir.
Juana. Bueno es eso:
vaya el bribon noramala.
Juanc. No me escucharás?
Juana. No niega *Dexa caer el papel.*
el Vizcaino su patria,
muy ladino de porfias,
y muy corto de palabras? *Vase.*
Juanc. Hay tal pólvora! no sé
qué ha visto, que con tal ansia
camina: pero un papel *Alzale.*
se le cayó; de su ama
es sin duda, y es sin duda
para el mio, pues llegaba
á preguntarme por él;
yo he dado con linda maula:
dichoso he sido, perdió
las albricias la cuitada.
Sale Don Cosme con un papel.
Cosme. En este papel le reto
de salteador, hurta hermanas,
para que salga, si es hombre,
y si no, mas que no salga,
que él está escrito en Botica,
y para matarle basta.
Juanchillo, aquí está el papel
del tal desafio. *Juanc.* Aguarda;
qué me albriciarás si yo
te doy::- mas no digo nada.
Cosme. Qué me has de dar? dilo presto.
Juanc. Qué me has de dar? dilo, acaba.
Cosme. Conforme fuere. *Juanc.* Un papel.
Cosme. Va un quarto que es de Doña Ana?
Juanc. Poco apuestas para dar
mucho. *Cosme.* Toma esas patacas:
Dale un bolsillo, y toma el papel.
qué

qué feliz soy! *Juanc.* Vesle aquí.
Cosm. Dónde le hubiste? *Juanc.* En Juana.
Cosme. Déxame, que ántes de leerle,
con los labios::- Pero aguarda,
que viene Don Luis; ahora
te he de hacer segunda paga
del papel. *Juanc.* Cómo?
Cosme. Eres bobo:
escucha un poco y sabrásla.
Salen Don Luis y Martin
Luis. No puedo hallar á Don Diego.
Mart. El nos citó á nuestra casa
anoche para llevar
á Isabel, y esta mañana
me dixeron en la suya
que madrugó. *Luis.* El intentaba
llevarme consigo anoche,
mas yo me fuí á una posada,
por no embarazarle, y pienso,
que por huir de Doña Ana.
Cosme. Seais, Don Luis, bien venido.
Luis. Don Cosme? no me faltaba *ap.*
otro azar sobre mis penas.
Cosme. Don Luis amigo, palabras.
Luis. Decid. *Cosme.* Yo estoy agraviado
por mis pecados; la causa
yo me la sé: quien me ofende
es Don Diego, y una hermana,
que Dios me dió para él,
pues él solo en ella manda:
en este papel le digo
con toda amistad, que salga
á reñir conmigo; y vos,
pues sois amigo de entrambas
partes, le habeis de dar
el tal papel en sus barbas.
Luis. Don Cosme (hay tal majadero!)
ya que me dais tan extraña
comision, yo llevaré *Toma el papel.*
el papel; mas quando salga
Don Diego á reñir con vos,
saldré yo á su lado. *Cosme.* Es chanza?
dos contra uno? *Luis.* Sacad
otro padrino á campaña.
Cosme. Yo buscaré algun valiente
de cólera agena y brava:
con esto, quedad con Dios,
y veámonos mañana,
si vivimos. Ven, Juanchillo,
que ya te dí la otra paga
del papel, con excusarte
la vuelta que rezelabas. *Vanse los dos.*
Luis. Hay mas raro mentecato!
Mart. Bien notable es su ignorancia;
pero mas sabe que tú,
pues te ha soplado la Dama.
Luis. Déxalo, no me lo acuerdes,
que el caso de aquella escala
me tiene muerto. *Mart.* Y á mí
el no haber hallado á Juana,
para que entre ambos se acabe
el soliloquio de marras. *Sale D. Diego.*
Diego. Don Luis amigo? *Luis.* Don Diego?
Diego. Rato ha que esperando estaba
á que os dexase ese necio:
qué os queria? qué os hablaba?
que me tiene cuidadoso
el suceso de su hermana,
y ya tengo prevenida
la licencia para entrarla
en un Convento, entre tanto,
que estos disgustos se acaban.
Luis. Un famoso cuento os tengo:
habeis de saber que trata
de reñir con vos. *Diego.* Pues sabe
que está oculta por mi causa
Doña Isabel? *Luis.* No le sé;
pero aquí de darme acaba
un papel de desafío
para vos, y tendrá extraña
nota, riamos un poco
ántes de reñir. *Diego.* Yo estaba
con ánimo de buscarle,
porque se atrevió á mi casa
anoche, y lo he dilatado
hasta poner á su hermana
en el Convento: Don Luis,
dadme el papel. *Dale D. Luis el papel.*
Mart. Ya le aguardan
á la puerta tres ó quatro
millones de carcajadas.
Diego. Dexadme leer primero,
porque no se pierda nada
leyendo mal. Mas qué miro! *ap.*
esta letra (estoy sin alma!)
no es de mi hermana? *Luis.* Martin,
llégate acá, no reparas
qual se ha puesto Don Diego
le-

leyendo el papel? *Mart.* La cara
se le ha mudado á tres barrios
desde que le abrió. *Luis.* Con rara
turbacion vuelve á mirarme
de quando en quando. *Diego.* Turbada
la atencion, á mis ojos *ap.*
desmiente: á Don Luis mi hermana!
Vuelvo á leer, que no es posible.
Mart. Ten, que otra vez le repasa.
Lee D. Diego ap. Señor D. Luis, anoche (si no me acuerdo mal) hicisteis juramento simple de no volver á verme; y temiendo que habeis de quebrantarle, y salir con la frialdad de que no viene á verme quien me busca ciego, me salgo esta tarde disfrazada á Leganitos, huyendo de vos; y os lo aviso para que sepais donde habeis de apartaros de mí. Dios os guarde. Así, llevad con vos á mi hermano, con pretexto de que os asista desde léjos, para que yo esté segura de que no me ha de buscar en casa; y os prevengo esto, por si acaso os dexais de vuestra mano.
Válgame el Cielo! este golpe
que mi suerte me guardaba,
es de aquellos que se sienten
en lo mas vivo del alma.
Mi hermana á Don Luis? Don Luis,
siendo mi amigo, á mi hermana?
El ha trocado el papel,
y ha creido que me daba
el de Don Cosme: qué haré?
que aunque la razon me llama
hácia el enojo, ella misma
deteniéndome la espada,
me dice, que en estos casos
no remedia, sino daña
la espada, porque el honor
aun con la sangre se mancha.
Lo que conviene es callar,
hasta saber de mi hermana
todo el fondo á mi desdicha.
Quiero pues ir á buscarla,
y á justificar mi queja,
ántes que de apresurada
lo eche á perder la razon,
ó se yerre la venganza.
Don Luis, á mí se me ofrece
un negocio de importancia:
quedaos con Dios. *Luis.* Bueno es eso;
pues quando á reñir me llama
este necio, y yo le he dicho
que con otro al campo salga,
porque he de salir con vos,
quereis que os dexe? *Dieg.* Ahora basta,
que os diga que no es pendencia
en lo que el papel me habla,
y que si llegare el caso
de reñir, os doy palabra
de avisaros. *Luis.* Yo no puedo
dexaros. *Diego.* Ni yo os dexara
si pudiera. *Luis.* A qualquier parte
os he de seguir. *Diego.* Es vana
porfia. *Luis.* Soy vuestro amigo.
Diego. Yo os lo diré quando salga
de una duda, que se ha puesto
á culpar mi confianza. *Vase.*
Luis. Qué es esto?
Mart. Yo no lo entiendo:
parece que va de mala.
Luis. Qué le habrá escrito Don Cosme,
que le ha irritado? *Mart.* Es muy agria
la nota de un majadero
que desafia. *Luis.* A la larga
le he de seguir; pero allí
viene Don Cosme. *Mart.* Y te llama
con la mano y con la ceda
muy de prisa. *Sale Don Cosme.*
Cosme. No era nada
el yerro: Don Luis amigo?
Luis. Qué traeis? *Cosme.* Vengo sin alma:
en denantes (bravo chiste!)
creyendo, Don Luis, que os daba
el papel de desafio,
os dí el papel de una Dama,
que recibí al mismo tiempo:
y fuera cosa extremada
darle un papel de requiebros
por otro de cuchilladas:
veis aquí el papel, troquemos.
Luis. A buen tiempo recordabais:
ya tiene el papel Don Diego.
Cosme. Qué decis? (hay tal desgracia!)
Luis. Pues qué ha sido?
Cosme. Jesu-Christo.
Luis. Tened. *Cosme.* Cayóse la casa.

Luis. Qué es esto? *Cosme.* Qué ha de ser?
que es el papel de su hermana.
Luis Qué decis? *Cosme.* Ahí está el punto.
Luis. Su hermana::-
Cosme. Como unas natas.
Luis. Os escribe á vos? *Cosme.* Mirad.
Luis Su hermana? *Cosme.* No sino el Alba.
Luis. Hay mas raro desengaño! *ap.*
Cosme. Dexadme, Don Luis, que vaya
á remediar que Don Diego
no la dé algunas patadas,
y quiera luego casarme
con muger aporreada. *Vase.*
Luis. Qué es esto, Martin?
Mart. Muy buenos
quedamos. *Luis.* Estoy sin alma!
verdad es quanto me ha dicho,
y sin duda es de Doña Ana
el papel; porque el turbarse
Don Diego, el callar la causa
de su turbacion, el irse,
y el dexarme aquí con tanta
resolucion, son indicios:
mas qué digo? indicios? claras
evidencias de que escribe
y favorece esta ingrata
á Don Cosme: quién creyera
en una muger tan vana,
tan hermosa y tan atenta,
tan mala eleccion? *Mart.* Tan mala
te parece? ella no busca
marido? pues dónde hallara
mejor marido? Mi madre
decia allá en mis infancias,
que el marido ha de ser bobo,
que no conozca las trampas
de su muger: y añadia,
que la ignorancia era mala,
porque no excusa pecados;
mas que en el hombre de casa,
porque no excusa pecados,
era buena la ignorancia.
Luis. Déxame, que estoy sin juicio,
y temo alguna desgracia:
ven conmigo, buscarémos
á Don Diego. *Mart.* Andallo, pavas,
que un Bobo hace ciento, y este
(si le dexan) tiene traza
de embobar siete Castillas
con un poco de Vizcaya. *Vanse.*

Salen Doña Isabel é Ines poniéndola el manto.

Isab. Ines, dame aprisa el manto.
Ines. Dónde vas? *Isab.* Esto ha de ser.
Ines. Mucho tienes que perder
para resolverte á tanto.
Isab. Por tu vida, Ines, que dexes
esos consejos que das
fuera de tiempo, y jamas
al despechado aconsejes;
porque quando la pasion
está obrando tan violenta,
solo sirve de que sienta
la falta de la razon.
La ceguedad de Don Diego
esta noche me obligó
á dexar mi casa, y yo,
como sabes, me hallé luego
empeñada en acetar
este quarto en que ahora estoy,
que es de Don Luis, y hoy
discurriendo en mi pesar,
hallo que el estar aquí
no conviene á mi decencia,
pues no puede en la apariencia
ser inculpable: y así,
puesto que tarda Don Diego,
á la casa de una amiga
me quiero ir. *Ines.* Que te diga
me permite, que si luego
viene á buscarte::- *Isab.* Tú irás
á avisarle. *Ines* Y entre tanto?
Isab. Qué necedad! trae tu manto,
y no me repliques mas. *Vase Ines.*
Dentro D. Cosme. Puedo entrar?
Isab. Válgame Dios!
mi hermano. *Tápase.*
Sale D. Cosme. Mas ya estoy dentro;
pero quién? tan buen encuentro?
Sabeis, mi señora, vos
si podré á Don Luis hablar?
Mas por qué cerrais el manto?
no os cubrais, que por Dios santo,
que soy hombre de fiar.
Otra vez os encubris?
Isab. Muerta estoy! *ap.*
Cosme. No me entendeis?
basta, señora, que esteis

en el quarto de Don Luis,
para que os bese las manos
sin intencion: los extremos
dexad, porque estar podemos
los dos como dos hermanos.
Vos sois la primer hermosa,
que la beldad recatais;
pero pues no os destapais,
no debeis de ser gran cosa.
Decidme si en casa está
el buen Don Luis.
Isab. Qué he de hacer? *ap.*
si hablo me ha de conocer.
Cosme. Sois sorda? acabemos ya.
Sale Ines con manto y se tapa.
Ines. Ya, señora, el manto::- *Cosm.* Quién?
Ines. Válgame Dios! peor es esto.
Isab. En gran peligro me ha puesto
mi fortuna. *Cosme.* Acá tambien
se cubren? esta voz quiero
conocer: Muger, quién eres?
huyes? pues adonde fueres
pienso yo llegar primero.
Ines. Muerta soy! *Vase.*
Cosme. Veme aguardando:
señora mia, esperad,
que ya salgo, y perdonad,
que no os quede acompañando. *Vase.*
Isab. En gran riesgo está mi vida.
Válgame Dios! qué he de hacer?
si él intenta conocer
la criada, soy perdida.
No sé qué medio elegir
contra un riesgo tan urgente.
Salen Doña Ana y Juana tapadas.
Ana. Bien se ha hecho.
Juana. Lindamente
lo supiste prevenir.
Ana. Que salia le escribí
al campo, y que me buscase,
y que consigo llevase
á mi hermano, porque así
estén ambos ocupados
á un tiempo, y me den lugar
de venir aquí, y de hablar
á Isabel en mis cuidados;
que ántes que pase adelante
mi empeño, averiguar quiero
el fondo á este amor primero
de mi cauteloso amante.
Juana. Si supiera que perdí *ap.*
el papel, y que no hallé
á Don Luis; mas yo no sé
ser chismosa contra mí.
Isab. Tan turbada estoy, que apénas
lo que me sucede sé. *ap.*
Ana. Aquí está; lleguemos, Juana.
Hermosa Doña Isabel? *Llega.*
Isab. Quién? Doña Ana, vos aquí?
Ana. Admirada os hallaréis
de verme. *Isab.* Mi muerte es cierta,
si él ha conocido á Ines. *ap.*
Ana. Pues porque no esteis confusa::-
Isab. Válgame Dios! qué he de hacer?
Ana. Excusándoos rodeos::-
Isab. Hay mas sustos! *Ana.* Atended:
aguarda, Juana, allá fuera,
y ten cuidado. *Juana.* Sí haré. *Vase.*
Ana. Aunque os parezca liviana
diligencia la que veis,
y en pechos como los nuestros
no es disculpa el querer bien::-
Pero parece que estais
inquieta. *Isab.* No os admireis,
que es grande el riesgo en que estoy.
Ana. Si sentis que os llegue á ver
de esa suerte, con mi exemplo
vuestra accion dorar podeis.
Isab. No es eso lo que me aflige,
amiga. *Ana.* Pues qué teneis?
Isab. El mayor riesgo que puede
la imaginacion temer.
Ana. Cielos, qué es esto? *Isab.* Ay de mi!
él sale, fuerza ha de ser
esconderme. *Ana.* Dónde vais?
esperad. *Isab.* Pues sois muger,
y es fuerza que una desdicha
compadecida mireis,
ved el riesgo de mi vida;
y lo demas::- pero haced
lo que os debeis. *Ana.* Aguardad.
Isab. No es posible. *Ana.* No diréis
qué he de hacer? *Isab.* El caso mismo
dirá lo que habeis de hacer. *Vase.*
Sale D. Cosme. Vive Dios, que se encerró
el diablo de la muger
en el postrer aposento
de la casa, y que los pies
me

me duelen de andar á coces
con la puerta: pero quién?
Doña Ana hermosa, tú eres?
que la quise conocer.
Ana. Qué es esto? todo se ha errado: *ap.*
turbada estoy! *Cosme.* Para qué
te tapabas? pero tú
en esta casa? *Ana.* Qué haré? *ap.*
sin duda encontró á su hermana
tapada. *Cosme.* No fuera bien
responderme? *Ana.* Y ahora piensa,
que soy yo la que callé. *ap.*
Cosme. Has tenido algun pesar
con tu hermano, por aquel
villete que me escribiste?
qué es esto? ha querido hacer
algun fratricidio horrendo,
y vienes huyendo de él?
Ana. Yo villete? no os entiendo.
Cosme. Predicarla es menester, *ap.*
porque á salir de su casa
no se me atreva otra vez;
yo la pondré como nueva.
Venga acá, Doña Ana, es bien,
que una muger como ella,
que aspira á ser mi muger,
se venga en cas de los hombres
solteros? en buena fe,
que el proceder de este modo
no es modo de proceder.
Qué dixeran mis abuelos,
si una nuera que busqué
para ellos callejeara?
Vinieran (en gloria estén)
mas de quatro mil Mendietas
á echarse á los pies del Rey.
Antes de enyugarme el cuello
con la estola, he menester
leerla yo la Cartilla
del Vizcaino A, be, ce,
que al enhornar tiene el riesgo
este pan de la muger.
Ana. No me faltaba ahora mas, *ap.*
que este necio, tras haber
errado toda la accion;
pero ya Doña Isabel
se habrá escapado, yo quiero
irme de aquí. *Cosme.* Cómo? qué
os vais? aun no se ha acabado
la Cartilla, detened.
Primeramente::- *Ana.* Qué es esto?
estais en vos? no sabeis
con quien hablais, ó lo necio
mezclais con lo descortes?
Cosme. Oigan, y cómo me trata;
qué mas pudierais hacer,
si á mí me hubierais hallado
en cas de alguna muger?
Ana. Apartad. *Cosme.* Yo seré breve.
Ana. Hay tal necio! *Cosm.* Eso que haceis
es el diablo, que no os dexa
oir lo que os está bien.
Ana. Mirad que se va acercando
la noche, y yo he de volver
á mi casa ántes que pueda
mi hermano::- *Sale Juana.*
Juana. Señora. *Cosme.* Quién?
Juana. Presto, que viene Don Luis
y tan cerca, que no es
posible salir sin vernos.
Ana. Válgame Dios! qué he de hacer!
Juana. Escondámonos aprisa
aquí dentro. *Ana.* Dices bien;
entra presto. *Vase Juana.*
Cosme. Cómo es esto?
vos no os habeis de esconder.
Ana. Por qué?
Cosme. Porque no es decencia.
Ana. Reparad::- *Cosme.* No lo intenteis:
yo no me escondo en mi vida,
y mi Dama no ha de hacer
lo que yo no hiciere. *Ana.* Juana.
Cosme. No hay Juana, aquí.
Ana. Mirad, que es::-
Cosme. Sea quien fuere. *Ana.* Apartad.
Cosme. Voto á Dios, que no ha de ser.
Sale Don Luis, y tápase Doña Ana.
Luis. No puedo hallar á Don Diego,
para ver si puede haber
algun medio en su disgusto,
y vengo á mi quarto á ver
si por llevar al Convento
á esta Dama::- Mas quién es?
Don Cosme aquí? peor es esto;
y aquella es Doña Isabel
su hermana: rara desdicha!
Don Cosme, tened, qué haceis?
Cosme. Ahí estaba, no dexando
que

que se esconda esta muger.
Luis. Pues cómo, quando en mi casa
está una tapada? *Cosme.* Y bien;
si soy yo á quien ella busca,
qué viene á importar, que esté
en vuestra casa? *Ana.* Otro riesgo
es este: raro tropel *ap.*
de pesares! *Luis.* Segun esto, *ap.*
no la ha conocido. *Cosme.* Fué
preciso el entrarse aquí
huyendo cierto vayven
de su fortuna, mas yo
estoy enojado, haced
las amistades; llegad,
como que no lo sabeis,
y decidla, que yo tengo
razon, y que ahora es bien
que quiebre por ella; andad,
que yo aparte esperaré
algo ceñudo. *Luis.* Con esto *ap.*
(bien se dispone) sabré
de Doña Isabel el modo,
que aquí podrémos tener
de deslumbrar á su hermano.
Don Cosme, yo llegaré
á hablarla, y á persuadirla,
pues vos así lo quereis.
Cosme. Sois mi amigo; andad aprisa,
y reñídmela muy bien.
Ana. Qué es esto que me sucede?
Luis. Hermosa Doña Isabel? *Llega.*
Ana. El no le ha dicho quien soy; *ap.*
mucho ha sido: callo pues.
Luis. Siento infinito, señora,
los pesares en que os veis;
pero ya que han sucedido,
es preciso disponer
el que salgais de este aprieto.
Ana. Solo falta, que ahora él *ap.*
se me ponga á requebrar
por la otra. *Luis.* Extrañaréis
que yo os hable en el empeño
de Don Diego, quando fué
primero el mio, mas ya
que soy su amigo sabeis,
y que mi decente amor
el suyo debió ceder
por haceros mas dichosa:
mas no es tiempo de esto, ved,
supuesto que no os conoce
vuestro hermano, qué podré
decirle, para que os dexe?
Callais? no me respondeis?
qué es esto? *Ana.* A solos mis zelos
ha estado este caso bien. *ap.*
Cosme. Se hace fuerte? pues, Don Luis,
dexadla: si su merced
no quiere desenojarse,
santas Pasquas. *Luis.* Mejor es
irnos, y que la porfia
no pase á grosería. *Cosme.* Qué?
primero me ha de pedir
perdon. No la conoceis?
pues es la misma Doña Ana.
Luis. Quién decis?
Cosme. Doña Ana. *Luis.* Quién?
Cosme. Pues á quién quereis que os diga?
Doña Ana: no lo creeis?
Luis. No lo creo. *Cosme.* Pues, Don Luis,
por Dios, que la habeis de ver,
y que la he de descubrir,
aunque me pierda. *Luis.* Tened.
Cosme. Apartad. *Ana.* Notable empeño!
Cosme. Esto ha de ser. *Luis.* No ha de ser.
Sale Juana. Señora, tu hermano.
Ana. Ay triste!
Luis. Quién dices? *Juana.* Quién ha de ser?
Don Diego, que yo le he visto
desde ese balcon. *Cosme.* Lo veis?
es Doña Ana, ó no es Doña Ana?
Luis. Es esto encanto? ella es:
hay mas desengaños, Cielos!
Cosme. Destapóla sin querer
la criada. *Ana.* Yo estoy muerta!
Señor Don Luis, ya me veis
perdida, y el Cielo sabe *Descúbrese.*
si fuisteis vos: pero haced
lo que vuestra obligacion
debe á una infeliz muger,
que por apurar sus zelos::-
pero él llega: Juana, ven. *Vanse.*
Cosme. Aquí es ello: qué os decia?
Luis. Dexadme, que no lo sé.
Solo me faltaba ahora, *ap.*
que cargo me quiera hacer
de que por mí se ha perdido:
ah muger! en fin muger.
Salen Don Diego y Martin.

Diego. Aquí dixo, que vendria
tu amo á buscarme? *Mart.* Sí,
pero ya tarda. *Diego.* Yo fuí
á Leganitos, y el dia
he perdido sin hallar
á nadie: mas no es aquel
Don Luis, y está con él
Don Cosme? *Cosme.* Hame de entregar
á mi hermana, ó he de hacer
represalia de la suya.
Diego. Mas vale, que se concluya
de una vez; esto ha de ser.
Martin, aguarda allá fuera. *Vase Mart.*
Cosme. Don Luis, no me detengais.
Luis. Mirad lo que aventurais.
Cosme. El caerá en la ratonera:
el caso de la honra mia
en un quidam le pondré;
oid, veréis como sé
hablar por alegoría. *Llega.*
Don Diego, el ingenio humano
solo preguntando gana:
Un hombre tenia una hermana,
y esta tal tenia un hermano:
la hermana se enamoró
de otro hermano, que tenia
otra hermana, y cierto dia
con este las afufó.
La hermana del robador
robó el robado despues:
decidnos ahora pues,
cómo quedáron mejor
(para que esto se concluya,
sin tomar uno por otro)
cada uno con la del otro,
ó cada uno con la suya?
Diego. Don Cosme, esas digresiones
para otra ocasion dexemos,
las palabras olvidemos,
y vamos á las razones.
Juntos á los dos he hallado,
y juntos hablaros quiero
en mi cuidado, primero
que haga enojo del cuidado.
Vuestra hermana es ya mi esposa;
el modo se pudo errar,
mas no la accion, ni dexar
de ser vuestra queja ociosa.
Esto supuesto, y que yo
no he de presumir ahora,
que el señor Don Luis ignora
lo que su criado vió;
quiero, que aquí nos digais,
si fué vuestra aquella escala
que hallé en mi casa?
Cosme. No es mala *ap.*
la pregunta? Eso dudais?
Diego. Qué intentó vuestra osadía,
escalando una ventana?
Cosme. Hermanar con vuestra hermana,
como hicisteis con la mia.
Diego. De ese estilo que gastais,
no es fácil el enmendaros;
y así, dexo de acordaros
con quien, y de quien hablais.
Cosme. Pues vaya de informaciones.
Diego. Quién os ayudó á poner
la escala? *Cosme.* Quién pudo ser?
Amor, criada y doblones.
Diego. Súpolo mi hermana? *Cosme.* Bien.
Diego. Qué decis? *Cosme.* Dexadme estar.
Dieg. Hablad. *Cosm.* Ya es mucho apurar.
Diego. Esto he de saber tambien.
Cosme. Usted, ni aun en duda acierta:
si lo supiera su hermana,
fuera yo por la ventana
á la que manda en la puerta?
Antes, como ella es tan fiera,
me pasó una cosa brava,
que iba yo á verla, y entraba
temblando de que me viera.
Diego. Pues, Don Luis, aunque yo estaba
seguro de esta verdad,
y bastaba estarlo yo,
he querido que lo oigais
de la boca de Don Cosme.
Luis. Yo, amigo, puedo dudar,
que si vuestro honor::- *Dieg.* No es eso
lo que os propongo, escuchad.
Yo soy vuestro amigo, y ántes
de hablaros en lo que es ya
preciso, y en lo que vos
me quereis tambien hablar,
he querido hacer decente
lo que os digo, y que veais
en lo que atiende la mia,
lo que erró vuestra amistad.
Mi hermana, señor Don Luis,
(vos

(vos lo sabeis, claro está)
os aventaja en la hacienda,
y os iguala en lo demas,
vuestra esposa ha de ser hoy;
y siento mucho que hayais
dispuesto, que suene á queja
esto que es felicidad.
Luis. Don Diego::- válgame el Cielo!
raro empeño! estoy mortal! *ap.*
Cósme. Dexémosle responder, *ap.*
que los sordos nos oirán
despues. *Diego.* Qué me respondeis?
Luis. No extrañeis::-
Diego. No he de extrañar
que me respondais dudoso?
cosas de esta calidad,
sin el acero en la mano,
no se empiezan á dudar. *Empuña.*
Vive Dios::- *Luis.* Tened la espada,
que si una vez la sacais,
aunque es preciso el oirme,
quedeis de oirme incapaz;
porque en sacando la espada,
vuestros oidos serán
de bronce, y será de acero
la lengua con que he de hablar.
Vuestra hermana está casada;
qué me proponeis? *Diego.* Que está
casada? con quién? *Cosme.* Conmigo,
y no será bien que hagais,
que sea en reves y en guerra,
lo que ha sido en haz y en paz.
Diego. Qué es esto? *Luis.* Yo sí, D. Diego,
de vos me puedo quejar,
pues habiendo recibido
de mi mano poco ha
un papel, que vuestra hermana
escribió á Don Cosme, hablais
en que puede ser mi esposa
quien favorece::- *Diego.* Aguardad,
que me estoy templando yo,
y vos os precipitais:
veis aquí el papel, Don Luis,
leedle, que él os dirá
si os podeis quejar de mí.
Luis. Qué es esto, Cielos! *Diego.* Tomad,
que yo, sobrado de atento,
quiero que en este pesar *Dale el papel.*
porque el honor quede bien,
quede el sentimiento mal.
Es para vos el papel?
es de mi hermana? os turbais?
es otro á quien favorece?
Cosme. Dale que ha de porfiar:
ese papel yo le di
al señor Don Luis, por dar
otro en que desafiaba
á un amigo. *Luis.* Esto es verdad, *ap.*
es sueño, ó es ilusion!
pues cómo pudo llegar
este papel á las manos
de Don Cosme? *Diego.* Qué esperais?
entre hombres como nosotros,
yerros de esta calidad
se enmiendan, no se disculpan.
Luis. Don Diego, la ceguedad
de un amor, que no es delito
si es decente. *Diego.* Bien está
esa disculpa, y no busco
sino el remedio. *Luis.* Pues ya
que en el caso de la escala
no me queda que dudar,
ni en el papel, y que es tiempo
de verdades, preguntad
á Don Cosme, si yo mismo
hallé con él poco ha
á vuestra hermana.
Diego. A mi hermana?
Cosme. Dice la pura verdad;
y eso es querer descasarme,
y hermanas se han visto ya
descasar por el Vicario,
pero no por la hermandad.
Diego. Pues dónde, ó cómo?
Salen Doña Ana, Doña Isabel, Ines y Juana.
Ana. Ya es fuerza,
Doña Isabel, que volvais
por mi honor: yo os lo diré,
que os he escuchado, y no es ya
tiempo de guardar la vida,
padeciendo lo que es mas.
Salen Martin y Juancho.
Mart. Juanchillo, el diablo anda suelto.
Juanc. Todos estamos acá.
Mart. Si se ha mudado á esta casa
el Valle de Josafat?
Diego. Doña Ana aquí? *Luis.* Sí, D. Diego,
ved

ved si os digo la verdad.
Cosme. Señora hermana perdida,
bien parecida seais.
Ana. Muy necio, señor Don Luis::-
Don Diego, déxame hablar
en defensa de mi honor,
que luego, hermano, podrá
satisfacerse tu enojo,
y si en mí le has de vengar,
donde está mi confusion,
tu acero estará de mas.
Muy necio (digo) ó muy ciego,
señor Don Luis, estais,
pues llegais á presumir,
que yo habia de buscar
á Don Cosme en vuestro quarto,
y mas quando en él está
su hermana, y sabeis que yo
lo sabia. *Isab.* Eso es errar
los principios, ó querer
desconocer la verdad.
Doña Ana me vino á ver,
y aun no acababa de entrar,
quando mi hermano llegó.
Ana. Y si ese papel mirais
los dos, veréis que á los dos
con él quise embarazar
por hacer esta visita;
y tú, Don Diego, hallarás,
que mi yerro fué querer
á un hombre, que tu amistad
calificó, y tu alabanza
hizo amable: en lo demas
yo he de poner el dolor,
y tú el remedio has de dar.
Luis. Hay mas extraño suceso!
mas cómo pudo llegar
este papel á las manos
de Don Cosme? *Juana.* Eso será,
que yo le perdí al llevarle,
y callé por ocultar
mi culpa. *Juanch.* Y que yo lo hallé,
y se le dí por ganar
las albricias á mi amo.
Cosme. Y que yo por otro tal
le troqué: mas las albricias,
si tan contentico estais,
yo os las pondré en vuestra cuenta.
Luis. Aguardad, no prosigais,
que á todos nos ha tenido
necios vuestra necedad.
Mart. Miren si un Bobo hace ciento,
como el loco del refran.
Diego. Pues ved ahora, Don Luis,
si os queda algo que dudar,
y si otro escrúpulo os queda,
solo os digo, que será
bien que con ménos testigos
lo ajustemos. *Luis.* Aguardad,
que este duelo de los dos
ajustado quedará,
rindiendo yo á vuestra hermana
la mano y la libertad.
Ana. Aunque para castigaros
quisiera poder dexar
de ser vuestra, esta es mi mano.
Danse las manos D. Luis y Doña Ana.
Diego. Y la mia quedará
premiada con el favor *Dale la mano*
de Doña Isabel. *Cosme.* Tomad
si soy muy bobo, pues quedo
soltero, y hago casar
á los otros. *Mart.* Yo tambien
me quedo en mi libertad,
porque no me han satisfecho,
ni me han dexado acabar
un soliloquio. *Todos.* Y con esto
la Comedia aquí fin da:
decid que un Bobo hace ciento,
sus defectos perdonad.

F I N.

Con Licencia: En Valencia: en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos. Año 1763.